

GENESIS DEL INDIO AMERICANO Y ORIGEN DE LAS CULTURAS ABORIGENES AMERICANAS

Por JOSE GARCIA PAYON.

Este título probablemente parezca demasiado amplio e importante para tratar siquiera de formular una conclusión, pues aún no ha llegado el día en que puedan solucionarse esos complejos problemas, sobre los que nuestros conocimientos son todavía demasiado fragmentarios, y, tal vez, sea atrevido formar una teoría sobre la Génesis del Indio Americano y Origen de las Culturas Aborígenes Americanas, ya que todavía es necesario un sinnúmero de investigaciones antes de hallarnos en posibilidad de emitir una opinión definitiva.

Sin embargo, como un acto de justicia hacia los grandes investigadores como Ales Hrdlicka, Paul Rivet, W. H. Holmes, Jockelson, Mc Curdy y otros muchos que en este vasto campo han trabajado y continúan haciéndolo, damos a conocer sus estudios; y por esto, siguiendo los principales delineamientos de los trabajos emprendidos por estos sabios, y otras investigaciones locales de otros antropólogos, desde luego principiamos la tarea que nos hemos impuesto.

El problema más importante, más complejo, o mejor dicho el fundamental y de mayor interés para la Prehistoria Americana, y que puede decirse, continuará siéndolo por muchos años, es sin duda alguna el que se refiere al origen de la población indígena de América, la que, en 1492, fecha de la llegada de la carabela de Colón, y primer dato histórico de la llegada de los primeros europeos al Nuevo Mundo, ya ocupaba todo el Continente Americano, así como sus islas adyacentes en condiciones de ser habitadas.

La literatura sobre este problema ha dado origen a un gran número de teorías y populares falacias, entre las cuales algunas habiendo tomado cuerpo se han hecho famosas entre el pueblo a través del mundo, especialmente en el Continente Americano donde esta cuestión atrae mayor interés público, mucho tiempo antes que se principiase a hacer investigaciones científicas, y estas conclusiones son tan variadas como los nombres de los que las llevaron a cabo.

H. W. Henshaw en su "Popular Fallacies Respecting the Indians" (American Anthropologist. Vo. VIII. N. S. 1905), refiriéndose a esta cuestión nos dice: existe una masa de literatura pseudo-científica, conteniendo absurdas y extravagantes teorías, algunas veces emitidas de la manera más extraordinaria, las que han tratado de derivar el origen de los indígenas americanos, en tiempos antiguos o relativamente recientes de casi todas las regiones del Viejo Mundo: Egipto y Cartago, Fenicia y Cananea, Asia Menor y el Cáucaso, Asiria y Babilonia, Persia e India, Grecia y la antigua Europa céltica, Irlanda y Gales, etc., las teorías favoritas de esta clase son las que hacen los indios descendientes de la Atlántida; de guerreros tártaros, de marineros malayo-polinesianos, emigrantes hititos de Siria; las perdidas diez tribus de Israel; de los vascos, etc., mientras que otros sin ninguna base científica y sólo por intuición nos los ponen de Japón, China, Siberia, etc.; gradualmente las conjeturas se hicieron más racionales y hoy, sea que siguiendo a Payne supongamos que en una época remotísima un mundo antropeide cruzó el puente natural que se hallaba donde se encuentra hoy el estrecho de Behring, o con Boyd Dawkins y Brinton que el hombre troglodita del territorio actual de Francia pasó a América por Islandia; o con Keane que dos subvariedades humanas: el tipo esquimo botocudo de cabeza larga y el tipo mexicano de cabeza redonda, antes de cualquier desarrollo cultural, llegaron al Nuevo Mundo, uno por vía de Islandia y el otro por el estrecho de Behring, o que vagabundos marineros mayaloides encallaron en la costa de Sudamérica, los etnólogos de hoy, entre ellos Putnam, Boas, Fewkes, Holmes, Hrdlicka, Rivet, Gamio, Caso y otros muchos, siguiendo las líneas trazadas desde el siglo XIX por un buen número de especialistas, entre ellos hombres como Humboldt, Gallatin, Schoolcraft, Major Powell e Isaac Taylor, están de acuerdo en sostener, debido al acervo de materiales y datos encontrados y con el aumento de los conocimientos de otras razas, que los aborígenes del Nuevo Mundo llegaron al Continente Americano procedentes de Asia. Si existen algunos diferentes puntos de vista sobre esta cuestión, unos son tenidos por personas que están influenciadas por antiguas ideas, mientras que otros que admiten en general el origen asiático, influenciados por casuales o caprichosas semejanzas en la forma de unos cuantos cráneos o la similitud de unas cuantas palabras cuya naturaleza es todavía problemática, han sido conducidos a declarar que pueblos de diferentes regiones del mundo pueden también haber contribuido a la formación original de la población del Continente Americano.

Desde el siglo XIX la convicción que los amerind tenían un origen asiático, dió margen a que tanto los gobiernos americanos y rusos por medio de sus comisiones navales y militares pusieran especial atención en explorar e investigar la península de Seward y otras partes de Alaska y la cadena Aleutina del lado americano y la región más apartada del

noreste de Asia desde el cabo este de Kamchatka. Estas investigaciones fueron posteriormente enriquecidas con los estudios de Dall, Nelson y Murdoch de la "Smithsonian Institution," por la "Jessup North Pacific Expedition," dirigida por el Dr. F. Boas del "American Museum of Natural History" (1897-1902), y dos científicos rusos, señores Bogoraz y Jockelson, y finalmente, en estos últimos tiempos con las varias expediciones del Dr. Ales Hrdlicka, actual Director de Antropología de la "Smithsonian Institution."

¿Forma la raza americana una sola unidad?

Según las "Notes and queries of Anthropology" (published by the British Association for the advancement of Science) el estudio de los aborígenes americanos se divide en dos partes: la relacionada con su biología y la que se refiere a sus culturas. En las cuatro subdivisiones de la humanidad basada en el cabello, los americanos tienen el cabello lacio, o sea liso, tipo mongoloide; y lo clasifican como una distinta clase de Homo Sapiens, ocupando 135° de latitudes, viviendo a la orilla de aguas frías o tropicales, a unas altitudes variando desde el nivel del mar hasta varios millares de metros, en bosques, praderas o desiertos; allí muriendo casi de hambre, mientras que en otras en abundancia; allí con una noche de seis meses de duración, allí en una región de vientos saludables y en otras partes maldecidos por la malaria; este hombre moreno se volvió en diferentes regiones culturales, café claro, o negro (café obscuro), alto, o chaparro, de cabeza larga o corta y desarrolló en su propio hemisferio variaciones de un tipo promedio.

Desde el momento que las tribus practicaban con mayor extensión el cruzamiento interno (esto es entre ellos) y no el sistema externo (con otros grupos) la tendencia fué de formar no solamente grupos lingüísticos distintos sino variedades biológicas; mientras más débil la tribu, menores los cautivos, más grande la insolación y, por lo tanto, más difíciles las condiciones, produciéndose dolicocefalos, enanos, y otras características retrogresivas.

Los estudiosos encontrarán diferentes opiniones entre los antropólogos en la interpretación de estas características, algunos emitiendo la opinión que el uso de la anatomía comparativa como medio de subdividir las subespecies americanas para nada sirven; otros atribuyen estas variaciones biológicas a distintos orígenes del Viejo Mundo y hay otra clase, que consideramos la más acertada, que cree que estas variables estructuras anatómicas son debidas al medio ambiente. Por ejemplo, para Virchow, la raza roja o americana no es una raza autóctona originaria de este Continente, esto es, la población primitiva de América pertenece a razas de los otros Continentes: los pieles rojas o americanos del Norte provienen de los esquimales; las poblaciones de

las costas occidentales de América revelan la existencia de inmigraciones asiáticas; el cráneo particular de los peruanos lo induce a creer que proceden de las Filipinas, o quizá de la Indochina y las costas orientales americanas le parece que fueron pobladas por inmigraciones de Europa y del Atlántico...

Sin detenernos más a discutir cada una de estas teorías más o menos fundadas, nos acercaremos, como nos lo dice Hrdlicka, directamente a las varias y concretas cuestiones dentro de las cuales se resuelve el problema del origen del indígena americano, vulgarmente llamado indio.

Para este antropólogo la primera de estas cuestiones a resolver es la relativa a la unidad o pluralidad de la raza. Desde los días de Juan Federico Blumenbach (1752-1840), en que este sabio naturalista consideró que todos los americanos, con excepción de los esquimales, constituían una sola población, ha habido muchos autores que han tratado de probar esta unidad, mientras que otros, comprobaban la diversidad racial, pero puede decirse que ninguno, sea debido a lo compendiado de sus trabajos, o a los fragmentarios datos de que entonces se disponía, trajo consigo un acervo suficiente de materiales para permitir a los hombres de ciencia considerar el problema de la homogeneidad o heterogeneidad del indio como un hecho comprobado. Entre los investigadores podemos mencionar al Barón de Humboldt cuya disertación puede considerarse como de las más acertadas; la de Volney, en cuyo trabajo sobre los indios del Canadá se encuentran las mismas características de las tribus diseminadas en Apure y Corozny en Sudamérica; las de Meyer y Wied que comprueban esta teoría de afinidad entre los indios norteamericanos y los del Brasil; las de Virchow, las de Payne y Dawkins, la de Obermaier que afirma la unidad racial y por último tenemos la teoría del Dr. Hrdlicka que comprueba la homogeneidad del indio americano desde Alaska a la Tierra del Fuego y, finalmente, la teoría del Dr. P. Rivet, que aunque admite diferentes inmigraciones oceánicas por el Pacífico, sostiene, como el anterior, que la inmigración primordial que dió origen a las razas americanas, que después con el tiempo y debido a las influencias fisiográficas se subdividieron, son de origen asiático.

Regresando a la primera cuestión que se propone resolver Hrdlicka, esto es, la relativa a la "Unidad o pluralidad de la raza Americana" nos dice lo siguiente: (Origin of the American Indian.) "Sabemos de cierto que la población aborigen de América, estaba dividida en gran número de tribus, algunas veces hostiles unas a otras, mientras que otras bien merecen el nombre de nacionalidades. Igualmente sabemos que había muchos idiomas y dialectos distintos, diferencias muy notables de cultura, costumbres y resultados materiales de culturas; también asombrosa variedad de tipos fisonómicos, así como de color, estatura, forma de la cabeza, detalles físicos, y en el modo general de proceder de los di-

ferentes grupos de indios, todo lo cual parece decirnos que existía una diversidad racial muy marcada entre las distintas tribus que poblaron nuestro Continente.

“Pero si todas estas cuestiones son sometidas a un minucioso y comprensivo examen, lo cual es ya posible en nuestros días, encontramos, sin embargo, que todas esas diferencias son más bien aparentes que reales; que esas distinciones que notamos, por más importantes que nos parezcan, no son, empero, suficientes para permitir asegurar la pluralidad racial y, por último, esas mismas diferencias existentes entre las tribus, van siempre acompañadas por semejanzas y similitudes fundamentales, que parecen estar como yacentes y exceden en valor las anteriores, lo que nos obliga no solamente a declararnos contra la pluralidad de razas del Continente Americano (tomando este término raza, en su más amplio significado), sino que estas mismas semejanzas elocuentemente nos comprueban la unidad general de los indios.

“Así vemos que los idiomas americanos, aun cuando frecuentemente difieren en fonética, léxico, y aún en construcción gramatical, pertenecen no obstante, todas ellas, a una sola clase: la polisintética; y además, presentan similitudes mutuas en sus complejidades gramaticales, ideas del género, formación de los numerales y modos del plural, uso de los prefijos y subfijos, valores relativos del pronombre, diferencias dialécticas en los dos sexos, etc., todo lo cual contribuye a afirmar la existencia de un tronco común, que fué antiguo y extranjero.

“Del mismo modo, hallamos que no obstante numerosas más o menos pronunciadas diferencias locales, hay en todas las tribus evidencias significativas de un común “substratum” de cultura, el cual se revela en la técnica empleada para trabajar la piedra, la arcilla, la madera y el hueso; en el tejido y canastas, en los medios para producir fuego; sus métodos de habitación, en sus vestidos, en el reducido mobiliario de sus habitaciones, etc., etc., sus procedimientos agrícolas, de caza, en todo lo que se relaciona a la medicina, su religión, sus juegos; todo aquello que se refiere al concepto de la naturaleza; su folklore, su organización social y usos guerreros; todo, en una palabra, todos los aspectos importantes de la vida, se nos muestran similares, a manera de causarnos sorpresa. Ampliándonos aún más encontramos que hay analogías notables en la mentalidad y costumbres del indio que habita las dos partes en que físicamente se divide la América; pues aquél que conoce a fondo la mentalidad de los naturales de cualquier región de Norte o Sudamérica, notará (después de haber eliminado las peculiaridades puramente locales) fiel correspondencia de tal mentalidad en todas las demás regiones; lo que da por resultado que la conducta de los indios, es en substancia la misma en todas partes; en su familia, en sus relaciones tribales; en el cuidado de los jóvenes, en todas sus funciones, ceremonias, cantos, guerras y peculiaridades.

"La constitución del indio, tomando ese término en su sentido médico moderno, es casi la misma en ambos continentes americanos, pues dondequiera somos testigos, por ejemplo, de la facilidad con que cae en las garras del alcohol, y de qué manera le afecta éste. El indígena es físicamente resistente (paciente y sufrido), sin ser, en realidad, muy fuerte; es muy poco propenso a las enfermedades constitucionales y degeneradoras, tales como el cretinismo, el cáncer, raquitismo, la idiotez, etcétera, aunque por otra parte es muy fácil presa de la tuberculosis, del tracoma, de la viruela, del sarampión y de las enfermedades sexuales.

"Finalmente (pero por ningún concepto de última importancia), existe la identidad anatómica.

"1. El color de los indios difiere según la localidad y costumbre, desde el bronceo amarillento o café amarillento, por todos los tonos de café, hasta el color chocolate, el más común es el moreno, con tendencia a amarillo.

"2. El cabello es generalmente negro (o negro rojizo después de haber sido expuesto al sol) y varía en cuanto a aspereza, sin llegar nunca a ser fino; es liso, excepto en los ancianos o negligentes, en quienes suele presentarse ondulado, así como en aquellos que lo usan muy largo, en cuyo caso las extremidades tienden a ensortijarse. La barba es por demás escasa, careciendo de ella los carrillos. El cuerpo no está cubierto de vello, excepto tal vez un poco en las axilas y en el pubis, y aún allí es con frecuencia casi nulo.

"3. El cuerpo del indio es libre del especial característico, olor apreciable al hombre blanco; los latidos del corazón son lentos y sus otras funciones fisiológicas son, en dondequiera, casi iguales. El tamaño de la cabeza y de la cavidad cervical, aunque difiere considerablemente entre los individuos, y en cierto grado según la estatura de las tribus, arroja un promedio ligeramente menor que en el blanco de la misma estatura. El cráneo es, en general, ligeramente más grueso y presenta varios rasgos en la base, etc., que son de la misma índole en todo el Continente.

"4. Los ojos son, en lo general, castaños oscuros; y en los niños pequeños, la conjuntiva es azulosa, blanca aperlada en los jóvenes, y amarillo-sucia en los adultos. El corte de los ojos demuestra una tendencia prevaleciente, más o menos notable en diferentes tribus, que es un ligero levantamiento oblicuo, esto es, el ángulo externo del ojo es frecuentemente más o menos más alto que el interno.

"5. El puente nasal tiene un promedio de moderado a bien definido; la nariz con frecuencia es muy desarrollada en el varón, y muchas veces aquilina, pero en las hembras es muy corta y recta, y a veces algo roma. Nunca es tan alta ni tan fina o delgada como en los blancos; más tampoco tan gruesa, plana y ancha como en los negros. La proporción relativa de la nariz en el ser viviente como en el cráneo (haciendo

a un lado la individualización, y algunas localizadas excepciones) es media, o del tipo mesorrino. Los pómulos por lo regular son prominentes y las fosas nasales más grandes que en los blancos, todo lo cual se repite a través de todas las tribus.

"6. La boca es casi siempre grande, y lo mismo puede decirse del paladar; los labios algo más gruesos que en los europeos, nunca muy delgados (salvo a la pérdida de los dientes frontales o debido a la absorción alveolar); pero tampoco tan abultados como en el negro. La región facial inferior muestra cierto grado de prognatismo que viene a ser un término medio como la nariz, entre las proporciones faciales del negro y del blanco, aunque en el conjunto el primero se acerca más allá. El mentón es bien desarrollado, pero, por regla, ligeramente más voluminoso y menos prominente que en el hombre blanco, y no es raramente cuadrado; toda la mandíbula inferior es por término medio algo mayor que en los blancos; los dientes de tamaño mediano si los comparamos con los del hombre primitivo, son, sin embargo, visiblemente mayores que los del hombre blanco civilizado, sea europeo o americano. Los incisivos superiores de los indios presentan, con raras excepciones individuales, una característica singular: son paleiformes, es decir, profundamente cóncavos. (Véase: "Shovel Shaped Teeth." American Journal of Phy., Anthropol., Washington. 1920, III. N° 4.) Las orejas son más bien grandes.

"7. El cuello es de longitud moderada y nunca delgado cuando son saludables. El pecho es en la mayoría de los casos algo más hundido que en el promedio de los blancos y los pechos de las mujeres, de tamaño mediano y forma más o menos cónica, siendo muy raro el verdadero tipo de forma hemisférica. En las hembras la desproporción entre la región pélvica y los hombros no está marcada como en la raza blanca americana. La curva lumbar no muy pronunciada y se puede decir que hay ausencia casi completa de gordura en las posaderas. Las extremidades inferiores no son tan bien proporcionadas como en los blancos, pues la pantorrilla, por ejemplo, no es muy llena, más delgada que la de los blancos y la de los negros.

"8. Generalmente, las manos y los pies son relativamente de dimensión moderada y uno de los rasgos característicos para distinguir los indios, son las relativas proporciones entre brazo y antebrazo, y (en el esqueleto) entre radio-húmero y tibia-fémur que son constantes en ambas partes del Continente. El tamaño relativo de dichos miembros difiere del de blancos y negros, quedando otra vez el indio en posición intermedia entre el de ambos.

"9 En los esqueletos indios desde el Canadá hasta Tierra del Fuego, veremos que, además de las características ya mencionadas se encuentran muchos otros puntos importantes de identidad, las que nos conducen a la confirmación de que todas estas muchas y distintas tri-

bus descienden todas de un solo grupo humano, y estos rasgos sirven para distinguir, los de otros pueblos, excepto con quienes tienen un común origen prehistórico. Entre estos rasgos distintivos podemos incluir, además de los relacionados con el cráneo, los que se refieren a una general platibraquia, en el húmero, frecuente platimería en el fémur, frecuente platinemia en la tibia y la altamente frecuente perforación del septo en el húmero y gran rareza de protuberancia supracondiloide en cualesquiera de sus formas. Bajo estos respectos existen tribales y locales diferencias, pero en conjunto la similitud de las partes óseas en todo el Continente es tal, que el tratar de clasificar los indios en más de una raza original es completamente imposible.

Hrdlicka nos termina esta primera cuestión diciéndonos: "tómalo, pues, todos los hechos anteriores en consideración, y haciendo hincapié en que cualesquiera diferencias que se observen entre los indios en cualquier dirección, éstas son igualmente observadas entre los miembros pertenecientes a los otros grandes grupos humanos: blancos, amarillos, etc., llegamos a la conclusión importantísima de que el indio que habita toda la América, no pertenece sino a una sola raza, así como de que las variaciones que se observan en este gran grupo humano, han sido causadas por cruzamientos inter- raciales de mayor o menor antigüedad, y quizás en muchos casos son de origen preamericano. En algunos casos, esta variedad entre los indios puede llegar a constituir sub-razas; pero no va más allá, y aún en las más definidas de éstas, la mayor parte de las características físicas y fisiológicas son comunes en el resto de la población."

Habiendo llegado a dar a conocer, y eso bajo una forma netamente antropológica, algo de lo mejor que se haya escrito sobre la materia, esto es, la unidad fundamental de la raza americana, necesidad que era inherente esclarecer antes de establecer teorías sobre la procedencia u origen de esta raza, pasaremos a la segunda cuestión que ahora se nos presenta referente a la antigüedad de dicha raza en nuestro Continente.

¿Es autóctona la raza americana?

¿Podemos considerar al indio como el verdadero autóctono de América? Empleando otras palabras: ¿Ha evolucionado allí desde su estado más primitivo? Hasta hoy muy pocas han sido las regiones que han dado algún testimonio digno de serias consideraciones con respecto a la hipótesis que sostiene una ínfima minoría de hombres de ciencias, entre ellos Morton y Ameghino, que en el Nuevo Mundo en una grandísima antigüedad (época Terciaria o principios de la Cuaternaria) se formó y desarrolló una raza autóctona: estas huellas que dieron origen a estas conjeturas, han sido halladas en Estados Unidos asociadas en

formaciones geológicas que han sido asignadas como correspondientes al principio del período Cuaternario, centenares de miles de años pasados.

En el año de 1907 el Dr. Ales Hrdlicka en su trabajo "Skeletal Remains Suggesting or Attributed to early man in North America" (Washington, 1907) publicó el resultado de su análisis y estudio de estos restos humanos y en conclusión nos dice que: "con referencia a estos varios hallazgos... hechos en Norteamérica para los cuales se conjeturaba una antigüedad geológica... se desprende que, independientemente de otras consideraciones, en cada caso en que se ha conservado bastante de las osamentas para trabajos comparativos, la evidencia somatológica demuestra lo erróneo que han sido estas conjeturas, pues estos restos nos comprueban la afinidad o identidad de éstos con los de los indios modernos. Bajo estas circunstancias solamente una conclusión es justificada: que es la que, hasta hoy en este Continente, no se conocen verdaderos restos humanos de incontrovertible identidad geológica." Y termina agregando: "Esto no debe ser tomado como equivalente a una declaración que no existió el hombre primitivo en este país; esto solamente quiere decir que si el hombre primitivo existió en Norteamérica, la prueba convincente del hecho con relación a la antropología física, todavía está para ser presentada... Las evidencias en conjunto solamente fortalecen las conclusiones mencionadas que la existencia en este Continente de un hombre de tipo distintamente primitivo y de una excepcional antigüedad geológica, no ha sido todavía probado."

Pero estos hallazgos continuaron y, por lo tanto, la hipótesis del origen autóctono del indio americano continuó siendo uno de los temas científicos a la orden del día. Estas regiones (mencionamos las principales), que dieron estos restos son el distrito aurífero de California en donde ciertas reliquias de un adelantado arte neolítico fueron encontradas debajo de una vasta corriente de lava cuaternaria; los hallazgos hechos por Folsom, en Nuevo México, sobre los cuales H. Obermaier nos dice que "yacían en estratos que difícilmente se pueden considerar como epiglaciares, siendo más bien, con muchas probabilidades, del comienzo de la actualidad geológica." Los descubrimientos llevados a cabo en las graveras de Trenton (Nueva Jersey), sobre los que impera la obscuridad (pues en este sitio ya sea en la superficie, en primer lugar, material indiano reciente, con restos cerámicos, entre otros; más abajo, sigue el mismo material mas sin restos cerámicos; a una profundidad aún mayor preséntanse las gravas fluviales, cuya edad es incierta, pero que muy posible son diluviales. La cuestión principal sin respuesta aún, es si los instrumentos líticos humanos que allí se encuentran, se hallan en su lugar primitivo, o bien han llegado allí en una mezcla casual posterior, cuestión ésta que sólo una nueva investigación del lugar y del yacimiento podrá aclarar). De Sudamérica tenemos a la

vista los informes del Dr. Juan B. Ambrosete, quien en sus trabajos sobre ciertos restos humanos mineralizados no les da una gran antigüedad y los del paleontólogo argentino Ameghino que supone como pertenecientes al medio Terciario; sus hallazgos en las Pampas, sobre cuyos trabajos Obermaier nos dice: "De restos del hombre fósil en América del Sur se ha hablado principalmente de los hallados en la República Argentina. Los más antiguos testimonios, incluso Terciarios, serían el *Tetraprothomo Argentius* de Monte Hermoso, y el *Diprothomus flaten-sis* del puerto de Buenos Aires, dos creaciones inutilizables del paleontólogo Ameghino, frecuentemente infortunado en sus teorías. Otros restos óseos humanos han sido atribuidos generalmente a las antiguas y modernas formaciones pampeanas y, por lo tanto, al Cuaternario. No es imposible que al menos parte de estos hallazgos se remonten a una antigüedad diluvial, aunque es difícil aportar pruebas irrefutables en apoyo de esta posibilidad. De todos modos debe hacerse constar que estos hallazgos pampeanos no se difieren en nada de las razas humanas sudamericanas indígenas de la actualidad, exceptuando, por su constitución anatómica, el atlas primitivo de Monte Hermoso..." A estos descubrimientos puede agregarse la del antiguo hombre de Cuzco (Perú), el esqueleto de "La Brea" (California) y el hombre fósil de Vero (Florida), todos los cuales, así como los de Argentina, habiendo sido estudiados por Hrdlicka (Early man in South America. Washington, 1912; Recent discoveries attributed to early man in America. Washington, 1918), llega a la conclusión que todos éstos son restos de tipos de indios modernos y agrega: "Culturalmente y anatómicamente es inútil tratar de probar una gran antigüedad a formas tan modernas," y concluye diciendo que: "para los que tratan de comprobar una gran antigüedad a ciertos restos humanos es necesario que nos demuestren una clara, completa y conclusiva evidencia admisible a la Antropología; y no fe, opiniones o convicciones aunque sean expuestas por hombres que merecen toda consideración, pues ninguna de ellas puede tomar el lugar de una verdadera y suficiente evidencia."

Recientes investigaciones llevadas a cabo tanto en Norte, Centro y Sudamérica en busca de huellas de este hombre primitivo, han fallado en sus resultados, lo que positivamente demuestra que esta suposición que ha sido rechazada por la mayoría de los especialistas, continuará por mucho tiempo abierto a la crítica, las que para comprobarse será necesario el conseguir un cúmulo de datos adicionales semejantes a los hallados en Europa, los que plenamente comprueban la existencia del hombre en el período Cuaternario.

Hrdlicka, en su último trabajo "Origin of the American Indians." (Washington, 1925) nos dice: "Es muy fácil poder eliminar esta teoría. El antropólogo moderno definitivamente sabe que el hombre evolucionó de

especies inferiores, de lo cual hay abundancia de pruebas objetivas, aparte de otras científicas.

“Está por demás decir que estas especies deben parecerse al hombre en todas sus más notables características, condiciones que solamente llena el mono antropoide más adelantado; pero que hubiesen existido tales formas en el Continente Americano es muy dudoso. Existieron en este Continente el Lemus de los períodos Eoceno y Oligoceno y otras formas primitivas y recientemente el común mono americano, pero hasta hoy puede decirse que no se reconoce ningún tipo bastante adelantado que posiblemente pudiera ser considerado como el antecesor más próximo del hombre. Sólo que nos pongamos a considerar como tal el recientemente descrito *Hesperopithecus* (Osborn H. F. “*Hesperopithecus*, etc.”. American Museum Novitates N° 37. 1922-Gregory. W. K. and Milo Hellman “Notes on the Molars of *Hesperopithecus* and of *Pithecantropus*” Bull. American Nat. History, 1933) el cual está todavía representado por un diente imperfecto y muy gastado y por otros restos en peores condiciones, cuya identificación como perteneciente a un tipo antropoide muy evolucionado es difícil de aceptar como conclusiva”. Además, esto ha sido a últimas fechas rechazado completamente por otros sabios, mientras que Obermaier ni siquiera hace caso del asunto, lo que da por resultado que, “basta este solo hecho para abandonar por completo la hipótesis del origen americano del indio. Sin embargo, existen otras pruebas lógicas y decisivas, para comprobar que este origen es imposible; las dos principales son las siguientes: en primer lugar, no obstante sus diversas y particulares características, el indio es en lo fundamental, semejante al resto de nosotros en lo que se refiere en nuestros actos más triviales, pero comunes a la humanidad; así es que si nos vemos obligados a aceptar la teoría que tuvo su origen aquí, caeremos en la conclusión lógica de admitir que todo el género humano tuvo su cuna en América, teoría que se pudo sostener algún tiempo pero que ahora parecería monstruosa, pues es bien sabido que todas las especies conocidas de primates que se asemejan o asemejaron al hombre, viven o vivieron en regiones del Viejo Mundo y que también las más viejas formas halladas de restos humanos, igualmente pertenecen al Viejo Mundo, y también en él tuvieron su origen las instituciones humanas más antiguas. Son a las regiones templadas de éste donde nos conducen las mejores evidencias científicas para hallar el origen de la humanidad, para luego, poco a poco, por medio de la gradual dispersión, poblar el resto de la tierra.

“En segundo lugar, sabemos también que en una época muy temprana en el curso de la prehistoria humana, una forma primitiva del hombre había ocupado ya la parte central de la Europa occidental, hacia la mitad del período Cuaternario o Glacial, y sería imposible hallar un medio factible de trasladar tal hombre primitivo, en esa época, de América a

los territorios que forman hoy la parte suroeste de Bélgica, Francia, Inglaterra y España. Sin embargo todos estos razonamientos, por la fuerza de las circunstancias tendrían que ser subvertidos como frecuentemente sucedió en Europa en estas últimas décadas si en este Continente se llegasen a encontrar restos esqueléticos, ruinas, o restos culturales pertenecientes incuestionablemente al hombre primitivo, geológicamente antiquísimo", cosa, puede decirse, del todo imposible, pues si bien es verdad que desde principios de este siglo los periódicos científicos nos han traído noticias de tal o cual descubrimiento, todos ellos después que fueron sometidos a una verdadera investigación científica se esfumaron como evidencias y en resumen puede transcribirse este párrafo del mismo autor: "Aunque actualmente en lo que a Antropología se refiere, poseemos numerosas y grandes colecciones antropológicas de este Continente, y que en varias regiones, como en viejas cavernas, refugios rocosos, y otros lugares se han encontrado restos del período Cuaternario o animales más antiguos, hasta hoy no hay en todo el Continente un solo hueso humano americano cuya antigüedad pueda ser debidamente demostrado como perteneciente a una verdadera antigüedad geológica, más que eso, hasta la fecha, por ejemplo, es imposible para nosotros mostrar algún espécimen que pueda compararse en antigüedad con los restos de la era pre-dinástica egipcia.

"Aun cuando estuviésemos inclinados a aceptar la gran antigüedad del hombre americano, fundándonos en consideraciones a priori, sin base alguna, resultarían nuestras teorías trucas por falta de pruebas materiales en qué establecerlas. Y tampoco podemos acoger las opiniones personales de aquellos que, sea por creencias religiosas, temperamento o credulidad, han pretendido la presencia del hombre aquí en tiempos anteriores a la época Glacial. Por eso, es razonable decir, que si el hombre hubiera tenido su origen en América y desde aquí se hubiera extendido a otros Continentes, o bien si se hubiera llegado aquí hace 30,000 o centenares de miles de años pasados, por estos tiempos ya estuviésemos en posesión de algunas evidencias de esta grandísima local antigüedad, que fuera aceptable a todos, como lo son los restos preciosos que se conservan del hombre primitivo europeo.

"Dondequiera que haya vivido el hombre y por cualquier lapso de tiempo que sea, invariablemente ha dejado tras él implementos, utensilios y basuras conteniendo conchas de moluscos contemporáneos, restos de huesos, pescados, pájaros, mamíferos y fuegos. Si aquí no se hallan estas clases de evidencias, o por lo menos algunas que puedan ser conienzudamente admitidas, entonces seguramente que estamos justificados en aceptar la teoría de la no existencia de una antigüedad geológica por las razas americanas."

Procedencia de la población americana

Habiendo llegado a la única conclusión posible, a saber: que el aborigen americano representa una sola raza, y que su presencia no tiene una antigüedad geológica comprobada, nos acercaremos ahora al tercer problema cuya solución nos despejará la incógnita del dónde, cuándo y cómo fué la ocupación del Nuevo Mundo.

Los problemas de origen de los aborígenes americanos han sido y continuarán siendo por mucho tiempo motivo de arduas investigaciones de parte de los antropólogos; una de las consideraciones de primera importancia, nos dice Holmes, es el estudio de las probables rutas por las que los pueblos primitivos pudiesen haber llegado al Continente Americano desde tierras extranjeras, tomando en consideración los medios primitivos de transporte del hombre primitivo. Fijándonos en el acomodamiento actual de los Continentes, geográfica y climáticamente y en vista de sus primitivos medios de transporte, "estaremos de acuerdo en la seguridad de que no pudo haber venido nuestro indígena sino de aquellas partes del Viejo Mundo más cercanas al nuestro. Estas partes son: primero, la cadena de islas del Norte Atlántico, conectando el norte de Europa con el Labrador; segundo, la corriente del "Mid-Atlantic" que corre hacia el Oeste desde las costas occidentales del norte de Africa a las de Sudamérica y las Antillas; tercero, las corrientes ecuatoriales que atraviesan la vasta extensión del Océano Pacífico separando las islas Polinesias de Sudamérica; cuarto, la corriente del Japón o Kuro-sivo que inclinándose hacia el Noreste desde Asia viene a fenecer sobre las costas de Norteamérica; quinto, la gran península de Kamchatka situada al noreste de Asia que con la cadena formada por las islas Aleutinas, conectan esta península con Alaska, y sexto, la muy conocida ruta del estrecho de Behring, ya que la ciencia geológica ha demostrado que en el período conocido de la existencia del hombre no ha habido tierras más próximas que las de dicho estrecho", y probablemente otra al norte del mismo. Otras posibles conexiones durante antiguos períodos y bajo diferentes condiciones climáticas, son, nos dice Holmes, "a través de las regiones polares de Norte y Sur. Cambios geológicos que pueden haber ocurrido durante el período humano, pueden haber borrado otros caminos, mientras que las enumeradas antes pueden haber sufrido cambios, aumentando o disminuyendo sus ventajas como rutas de migración". Como actualmente se encuentran, la mayoría de éstas no son ciertamente accesibles para primitivos viajeros y puede ser que nunca hayan sido atravesados por hombres no civilizados o solamente por unos náufra-gos que llevados por las corrientes o los vientos llegaron a las costas americanas.

Ruta del Norte Atlántico

Ha sido una teoría favorita de unos cuantos escritores que la región del Atlántico septentrional fué completa o parcialmente unida en la antigüedad, que las islas Feroe, Islandia y Groenlandia estaban tan íntimamente conectadas, que el norte de Europa puede haber producido una parte de la población del Continente Americano pasando por esta ruta; pero recientes investigaciones han acabado con esta teoría y James Geikie en su "Fragments of Earth Lore" una de las más grandes autoridades en Geología no vacila en declarar que no existe ni la menor evidencia para sustentar la teoría generalmente aceptada de una elevación de los fondos del Atlántico septentrional en un período pre-glacial o primera glaciación. La supuesta elevación de esta región fué emitida por los glacialistas como una de las mejores maneras para explicar el período Glacial. Por lo tanto, esta ruta puede ser desechada de la consideración como probable ruta de migración europea a América. Además puede decirse que para atravesar las tres formidables extensiones de agua entre las islas Feroe y Labrador hubiese sido necesario que estos barcos fuesen bien desarrollados, cosa imposible por esas épocas, pues el hombre prehistórico no estuvo en condición de emprender travesías de esta naturaleza hasta el período protohistórico cuando hubiese suficientemente desarrollado los medios de navegación con los de su propio sustento, época en la cual el Continente Americano ya estaba poblado, además que en esta ruta no se hallan corrientes que ayudarían a este viaje.

Ruta del centro del Atlántico (Mid-Atlantic)

La casualidad que algunos viajeros procedentes del sur de Europa o de la costa occidental del norte de Africa hayan llegado intencionalmente a América con la ayuda de los vientos comerciales (Trade-winds), es, en la ausencia de evidencias, demasiado débil para siquiera tomarse en consideración por ser todo una imposibilidad cuando consideramos que la distancia más aproximada es alrededor de tres mil seiscientos kilómetros; así es que, a igual que la anterior, tenemos que desechar esta ruta que si fué frecuentada sólo sucedió en período protohistórico; pues es bien conocido el hecho que muchos siglos antes que Colón, barcos recorrieron el Mediterráneo y las costas del Océano Atlántico, pero América ya estaba poblada. Por cuanto a la fábula de la Atlántida ya es necesario que de una vez por todas desechemos este mito de las investigaciones científicas, como lo hizo ver Fernández Gil y Casal y, por lo tanto, a continuación damos un capítulo sobre esta materia.

Investigaciones arqueológicas sobre la Atlántida

La cuestión de la Atlántida siempre ha sido motivo, desde los períodos que llamaremos antiguos, de acaloradas discusiones, por ser ésta, como nos lo dice el Dr. Requena, "un tema que atrae y fascina," y como nos lo dice Fernández Gil y Casal: "para las personas que toman su existencia en serio procurando encontrar y citar datos para sostener sus puntos de vista, así como para probar su hundimiento, nos parece completamente inútil para la ciencia y sólo sirve para hacer gala de ingenio y erudición."

Platón, uno de los más brillantes genios de la Grecia, sobrellamado "El Divino", nació en Atenas, según unos, en el tercer año de la LXXXVII Olimpiada, año cuatrocientos veintinueve, y según otros, en cuatrocientos veintisiete antes de Jesucristo, en un período en que su patria se hallaba, por causa de rivalidades, envuelta en una cruenta lucha con Esparta que debía durar 26 años, por lo que Aristocles (nombre original de Platón), creció en medio del ambiente característico del pueblo griego de esas épocas, lleno de odios y rivalidades entre los Estados griegos, y falleció según Diógeno Laerce en el décimotercero año del reinado de Filipo, es decir, en el año 347, a la edad de 82 años, y según otros, en el primer año de la primera Olimpiada CVIII a la de 81 años.

En el "Timeo," Platón nos describe cómo ciertos sacerdotes egipcios en una conversación con Solón representaban la isla como un continente más grande que Asia y la Libia unidas, y situada al oeste de España y Africa, más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), y detrás de ella se hallaba un archipiélago de islas menos importantes. Según estos sacerdotes, Atlantis, Atalantis, Atlántica o Atlántida, fué una poderosa nación nueve mil años antes del nacimiento de Solón, y su nombre provenía de que había sido gobernada durante siglos por los descendientes de Atlas, hijo de Poseidón (Neptuno, a quien le tocó este territorio cuando los dioses se repartieron la tierra) y una simple mortal Cleito. Los atlantes extendieron sus conquistas más allá de las Columnas de Hércules y sus ejércitos recorrieron y conquistaron los territorios que bordeaban el Mediterráneo hasta Egipto y la "Tyrrenia" y sólo los atenienses pudieron vencerlos y detenerlos en su marcha hacia el Oriente. En el diálogo de "Critias" los interlocutores son Timeo, Sócrates, Hermócrates y Critias, este último es el que casi constantemente lleva la palabra para hacer la descripción y la historia de esta famosa Atlántida, rememorando los detalles que le contó su abuelo, detalles que fueron traídos a Atenas por Solón y le fueron revelados por los sacerdotes egipcios del templo de Saís: describe un país con floreciente comercio, gobierno patriarcal y artes y ciencias muy desarrolladas, donde abundaban los metales preciosos y las leyes eran sabias y la vida fácil. Estaba dividido en diez comarcas con reyes poderosos e independientes, pero aliados siempre que se trataba de hacer la guerra a extranjeros. Su poder

marítimo era grande y por canales que surcaban todo el país eran las flotas conducidas hasta los puertos interiores de magníficas ciudades con palacios y templos que no tenían rivales en el mundo. Pero los atlantes, o sea los habitantes de Atlántida se pervirtieron de tal modo, que los dioses, indignados, resolvieron castigarlos y violentos terremotos e inundaciones hicieron desaparecer en un día y una noche, ese maravilloso país.

Si nos dedicamos por un momento a analizar todo esto, lo primero que se advierte es que no se trata de una isla, sino de un continente mayor que la Libia y Asia que quedaba cercano a las costas de España y África y llegaría a aproximarse a las costas de Norteamérica; que tenía barcos, palacios, templos y una civilización sin rival, pero lo extraño es que los iberos, estos primeros habitantes del territorio español y los demás pueblos primitivos del actual territorio de Francia a ellos tan cercanos y también conquistados por ellos, cuyos restos arqueológicos que hemos encontrado, datan desde hace más de cincuenta mil años, no hubiesen tomado el menor ejemplo de tan adelantada civilización y hubiesen continuado viviendo en cuevas y con sus monumentos megalíticos. Pero esto no es todo, desde la antigüedad el cuento de Platón encontró sus contradictores, sobre todo con los neoplatónicos: para Longín, el todo no era más que un simple desarrollo literario, sin ninguna vista histórica; para Amelius el hundimiento de la Atlántida representaba el combate entre las estrellas y los planetas; para Numenius, la lucha entre el bien y el mal; para Orígenes la de los buenos y malos espíritus y Proclo, quien nos da sus opiniones en su famoso "Comentario sobre el Timeo," cita un buen número de filósofos para los cuales la historia de la Atlántida no era más que una alegoría sin ninguna unión con la historia real, e igual opinión tiene Porfirio.

Mas ¿qué señales han quedado de esta supuesta maravillosa cultura? Como cuna de los aborígenes de América es un mito; seguro, para los escritores que han querido explotar estas leyendas, haciendo gala de erudición, las huellas se hallan en Yucatán, Centroamérica, el Perú, etc., y encuentran analogía en los monumentos, costumbres, idiomas y quién sabe qué más; tratándose de teorías sin fundamentos, las tenemos de todas especies; para unos los guanches, los primitivos habitantes de Las Canarias, son los descendientes de los atlantes; para el Padre Sumilla los descendientes de Cam, treinta y un años después del Diluvio pasaron de Cabo Verde a Pernambuco (Brasil), para Horn los cananeos pasaron a habitar las islas del Mar Caribeo; para el israelita Menasseh-Ben-Israel los indígenas de la América Meridional son los descendientes de los israelitas; para Le Plongeon, los monumentos mayas de Yucatán fueron construídos por los templarios, mientras que un otro trata de comprobarnos que los indios tucumana, mandan, hopi y modoc tienen que ver con los "Welsh" (habitantes de Gales, Inglaterra)... ¿Y en dónde están estos bajos fondos en los que los barcos no podían navegar? Hoy no

estamos como a principios del siglo XIX sin ningunos o pocos conocimientos de los fondos, formas y productos del suelo del Océano Atlántico, pues según los estudios llevados a cabo por las expediciones científicas: la de Berryman y Lee a bordo del "Dolphin," en 1851-53; la de Wollich y Mac Clinton, en el "Bull-Dog" en 1860; la de Agassiz y Pourtalis, en el "Bib," en 1866-67; la de Wyville Thomson y Carpenter, en el "Lightning," en 1864; la de Calver, Gwyn, Jeffreys y Wyville Thomson, en el "Porcupine," de 1869 a 1890; la de los profesores Nares y Thomson, en el "Challenger," de 1873 a 1876; la expedición alemana en el "Gazelle," de 1874 a 1876; la francesa en el "Travailleur," en 1880; la americana, en el "Blake," en 1877; la del profesor Chun, en el "Valdivia," en 1898; las muy conocidas del príncipe de Mónaco; las de los barcos tendedores de cables submarinos, etc. . . , todas ellas nos ponen en condición de conocer no sólo las profundidades del Océano Atlántico, sino su flora y fauna y si bien es cierto que en ciertos parajes su profundidad es sólo de cuarenta metros, tenemos otros de más de cinco mil metros entre las Azores y las Bermudas; siendo su promedio la de tres mil metros, y todos estos informes y estudios hechos por estas expediciones, no están que digamos muy favorables a la supuesta existencia de la Atlántida; y agregaré que del mismo modo que en el Mediterráneo se han hallado restos de las antiguas civilizaciones egipcias, cartaginesas, fenicias, etc., y en los lagos de Suiza se han hallado restos de los primitivos habitantes lacustres de estas regiones, no nos cabe duda que todas estas expediciones que hicieron millares de dragados hubiesen encontrado aunque sea una simple muestra de esta fabulosa civilización.

Así es que tenemos que reconocer que los filósofos neoplatónicos estaban en la razón y que el todo no es más que una alegoría y que lo que menos preocupó a Platón fué la veracidad del hecho y si Solón al citarlo, nos dice J. Fernández Gil y Casal, quiso poner un ejemplo a los atenienses de la justicia por los dioses impuesta a pueblo tan turbulento como los atlántidas, lección que convenía a los atenienses, como ellos entonces turbulentos y corrompidos, lo que a Platón convino fué mostrar a los conciudadanos de sus días, el ejemplo de aquella Atenas grande y poderosa, a fin de apartarlos de sus luchas intestinas que fomentaban la desunión, empobrecían la patria y los imposibilitaba para atender como los atlantes a una defensa común, acaso en tiempo no lejano para ellos necesaria. Pero quien supone que el filósofo dejó sin terminar su "Critias" por considerar que sus lecciones no alcanzaban a corregir la idiosincrasia de sus conciudadanos, acaso esté en lo cierto.

En tiempo de Platón, Atenas estaba en lucha con Esparta y los demás Estados griegos no estaban entre sí en mejor armonía: característica del pueblo griego. Platón, tan gran filósofo como buen patriota, presiente la aproximación de Alejandro el Grande a Macedonia; aprecia la magnitud de su ambición y para oponerse a ella, comprendiendo la necesidad de unión de todos los Estados griegos, confiando en el ascen-

diente de su persona, creyendo lograrlo con sus doctrinas, elige para ejemplo el mito atlántido, el de un vasto Continente dividido en Estados como la Grecia, en el que todos se unen para combatir al enemigo común, pero continuando la desunión y corrompida la familia, son castigados por los dioses hundiendo el Continente en una noche: tal es la moralidad, nos dice M. Cousin, que deseaba hacer sobresalir Platón en ese diálogo, que a nuestros ojos no es más que una ficción, presentando como realizados los sueños de la "República."

Lo extraño de esta leyenda de un tan grande Continente, es que Asurbanipal, el Sardanápalo de los griegos que ocupara el trono de Asiria por el año 922 antes de Jesucristo, el que adelantándose a Ptolomeo Soler, fundador de la Biblioteca de Alejandría, funda una gran biblioteca en su palacio de Koyunjik en Nínive, la que fué descubierta en 1850 por el arqueólogo inglés Sir H. Layard en la parte suroeste de las ruinas de dicho palacio, y llevada en su mayoría al Museo Británico, donde ha sido clasificada, es que dicha colección que consta de más de diez toneladas de tabletas de barro, variando en tamaño de una o doce pulgadas cuadradas y cubiertas con caracteres cuneiformes, en algunos casos tan pequeños que se necesita de un vidrio de aumento para distinguirlos, en ellas se reseñan entre muchos asuntos, los hechos más culminantes acaecidos, empezando desde la creación, noticias de Egipto y Caldea, tomadas por escribas enviados a dichos países, hasta el presente nada se ha encontrado que se refiera a hecho de tan marcada importancia como el hundimiento de tan grande continente.

Continuando nuestras investigaciones pasaremos a estudiar de dónde procede el apelativo Atlántida: ¿Del nombre del gigante Atlante, del que viene el de la cordillera y del que es personificación? Vamos a ver: Atlas viene del griego (infatigable, incansable), y según otros es una forma más suave de la palabra herebere "Adrar" que significa "montaña:" dios gigante de la mitología griega, hijo del titán Japeto y de Clímea o de Asia, según otros de Eter y de Ge, y según una tercera versión, de Urano o Neptuno y de Cleito; hermano de Prometeo, Menetio y de Epimeteo.

Atlante o Atlas según Hesiodo fué condenado por Júpiter a sostener el cielo sobre sus hombros en castigo de haber tomado parte en la guerra de los Titanes; pero el mito continúa, según Homero (Odisea 1.52), Atlas sostenía las columnas que separan el cielo de la tierra, estaba dotado de ciencia universal y era conocedor de todos los abismos del mar, siendo bajo este aspecto, como nos lo dice Homero, padre de Calipso (la profundidad de las aguas) e hijo de una ninfa del Océano y de Neptuno.

Por este mito en primer término aparece haber sido una creación marina: se creía que los pilares que sostenía, descansaban en el mar allende el horizonte del Oeste. Pero a medida que los griegos ensanchaban sus conocimientos hacia el Oeste, bien sabido es el hecho que

no fueron grandes navegantes, apoderándose de las lejanas descripciones de los fenicios, quienes doce siglos antes de nuestra era frecuentaban las extremidades occidentales del Mediterráneo, y se habían forjado una idea exagerada de la elevación de cierta montaña, el nombre de Atlas fué transferido, como nos lo da a entender Herodoto, a una montaña en el noroeste de Africa, en la Libia, la que los indígenas llamaban el final del cielo, porque su cúspide se ocultaba envuelta en nubes. Esta última interpretación se completa con la fábula relatada por Ovidio (Metam. IV.627), en la que Perseo convierte a Atlante en montaña, sobre la cual descansaba el cielo y los astros, presentándole la cabeza de Medusa, por haberse negado a darle hospitalidad.

Otra versión nos lo presenta como un rey del Distrito de Mauritania, rico en ganado lanar y propietario del jardín de las Hespérides, cuando fué transformado por Perseo. Según Diódoro, éste explica el mito diciendo que Atlas era un astrónomo primitivo o matemático africano inventor de la esfera, y Virgilio lo considera como filósofo o profesor de Cosmología. Mitos, mitos, todos mitos, nos dice Fernández Gil y Casal, que para quienes estén familiarizados con la Mitología Griega, y profundizando en la génesis de ella, los mirará como cosa baladí impropia de ser tenida en cuenta para cosa alguna por un espíritu serio. Sabiendo que para los griegos la bóveda celeste era un casquete hemisférico compacto, traspasaron este mito a la montaña o cordillera africana sobre la que descansaba, y que hoy lleva este nombre y, personificándola, ampliaron el mito del gigante Atlante, apelativo que corresponde también a Hércules. Las Columnas de Hércules, el Jardín de las Manzanas de Oro, de las Hespérides conquistadas por Hércules; Hércules, Atlante, personificación de la Cordillera del Atlas. Mas la Atlántida, ligada con todos estos mitos, parece a muchos cosa de tenerse en cuenta; pero el mito continúa: Homero (Odisea, Lib. I), refiere que Atlante tiene un hijo que habita con el desterrado Ulises en "una isla selvosa del océano" y acaso aquí, ampliado por la fantasía de Platón que sólo forma una alegoría para unir a su pueblo, comienza después el mito de la Atlántida, cuyo nombre no aparece en XXIV libros o cantos; y cuéntase que el gran poeta historiador y geógrafo escribe su inmortal poema mil años por lo menos antes de Jesucristo. En el libro IV hace visitar a Menelao la Etiopía y la Libia y estando tan cercano al sitio que ocupó la supuesta Atlántida, nada dice de ella y ni siquiera llama Atlántico al Océano que la rodea en gran parte, sino "río-océano," lo que demuestra que hasta aquel apelativo es de origen posterior.

La creencia de que existían grandes territorios al oeste del mundo conocido en medio del Océano Atlántico y a los que la naturaleza había prodigado las mayores magnificencias, tomó tal cuerpo desde la antigüedad clásica, que llegó a ser la preocupación de los hombres de letras; ya vimos que Homero nos habla de una isla selvosa en el Océano y Plutarco en su "De Facie in Orbe Lunae" nos menciona un vasto con-

tinente, gobernado por Kronos, en donde los críticos de los siglos XVI y XVII, Hornius en su "De Originibus Americanis" y Ortelius en su "De Orbe Terrarum" han querido ver el Continente Americano. Pero durante la Edad Media debido a la leyenda tergiversada de la Atlántida, que llegó a sobrevivir en la mente de los geógrafos árabes, y con el afán en los estudios de los clásicos griegos la idea sobre la existencia de un Continente occidental tomó tal cuerpo que dió origen a un sin fin de leyendas, todas ellas supuestas tierras de promisión basadas primeramente sobre la Atlántida de Platón y, en segundo lugar, sobre los informes más o menos exagerados de algunos navegantes. Todos estos mitos, con menor valor que el de la Atlántida, formaron tal mentalidad en la Edad Media, que hasta en las cartas geográficas de la época se encuentran consignadas diferentes islas fabulosas y una de las más antiguas leyendas es sin duda la que se refiere a la isla de San Brandano que dió origen a muchos libros en prosa y versos, y con muchas variaciones en muchos idiomas y fué aceptada como verdadera por muchos geógrafos, se encuentra en un mapa de Venecia del año de 1367; en el mapa anónimo de Weimar de 1424; en el mapa de Baccario o Baccaria de 1425, está identificada con la isla de Madeira y está colocada a los 50° del meridiano de la costa portuguesa en el globo terráqueo de Martín Behaim hecho en Nuremberg en el año de 1492. Se hicieron varias expediciones para encontrarla hasta que en el año de 1759 se explicó que la aparición de dicha isla, se debió a un efecto de óptica. San Brandano, que dió el nombre a dicha isla es un santo irlandés (484-578) era Prior de Clesainfert en Irlanda, y según la tradición navegaba con setenta y cinco monjes en busca de la tierra de promisión, de la cual le había hablado el hermano Barintus. Después de muchos incidentes entre los cuales figura el que desembarcaron sobre una isla que resultó ser una ballena, donde dijeron misa, después de siete años llegaron a la tierra de promisión, sobre cuyas fértiles vegas brillaba constantemente un día sin ocaso y los árboles estaban perennemente cargados de frutas; de donde a los cuarenta días emprendieron el regreso.

Otra de estas leyendas sin ningún valor histórico, es la que se refiere a la isla Antillia o Antilia, algunas veces llamada la "isla de las Siete Ciudades" (portugués, Isla das Sete Cidades), el origen del nombre es incierto, pero como las demás leyendas, su nombre fué conectado con el de la Atlántida, mientras que más tarde otros escritores han tratado de sacar su derivado del latín "Anterior" (i. e. la isla que se llega "antes cipango") o bien del "Jezirat al Tennyn," "isla del Dragón" de los geógrafos árabes. Como la anterior de San Brandano, aparece en los mapas de Weimar, de Baccario, y en la del veneciano Andrea Bianco de 1436 y otras veces en las de 1455 y 1476 y en el de Martín Behaim de 1492. En la mayoría de todos estos mapas dicha isla está acompañada por las más pequeñas e igualmente legendarias de Royllo, San Atanagio

y Tanmar, siendo todo este grupo clasificado, como "*Insulae de Novo Repartae*" (islas nuevamente descubiertas). El florentino Pablo Costanelli en sus cartas a Cristóbal Colón y a la Corte Portuguesa (1474) toma Antillia como el punto principal para medir la distancia entre Lisboa y la isla de Cipango o Zipangu (Japón). Behaim nos dice que según una vieja tradición portuguesa, en el año de 734 (probablemente una errata por 714) después que los moros hubieron conquistado España y Portugal la isla de Antillia o "Septe Cidades," fué colonizada por refugiados cristianos que huían de la agresión de los árabes bajo las órdenes del arzobispo de Oporto y seis obispos, quienes fundaron siete diferentes ciudades, tocándole el gobierno de una ciudad a cada uno de ellos y el todo llegó a ser otro utópico Atlántida. Pero de estas leyendas y otras se hallaban tan imbuídos de su existencia algunos españoles del período de la conquista del antiguo territorio mexicano, que trataron de unir esta leyenda con la nahoa de Chicomoztoc (Siete Cuevas) y más tarde salió la leyenda formada por Fray Marcos de Niza de las Siete Ciudades de Cibola (Nuevo México).

Leyendas similares a éstas son las islas griegas de Blest o Fortunatas, la irlandesa Avalón, la isla de Brasil, la Lionesa, la "Isle Verte" francesa y la portuguesa "Ilha Verde" que aparecen en muchos cuentos folklóricos desde Gibraltar hasta las Hébridias, y fueron en algunos casos marcadas en los mapas hasta el año de 1853. Todas estas leyendas desprovistas de todo valor literario e histórico (la de Platón perseguía un fin moral), sólo confirman el hecho que la fantasía de los tiempos antiguos colocaba la tierra de la bienaventuranza en los límites del mundo conocido, o mejor, como lo dicen algunos, al horizonte donde el cielo se une con la tierra.

Vientos y corrientes del Pacífico

Antes de continuar nuestra investigación, pasaremos a dar una hojeada a las corrientes y los vientos del Pacífico, pues tenemos que reconocer que en la época de la navegación con velas las corrientes y los vientos jugaron papel preeminentemente importante, puesto que permitieron a los polinesios el diseminarse dentro de un gran número de islas y que los malayos se establecieron en la isla de Madagascar. Según "Finlay Directory for the Navegation of the North Pacific Ocean" y "Directory for the Navegation of the South Pacific Ocean" (Londres, 1886-1884); compilados por Beuchat, se puede dividir el Océano Pacífico en cuatro zonas: la de los vientos variables, donde dominan los vientos soplando hacia el Oeste y que se extiende al Norte desde el 30° de latitud Norte y al Sur desde el 30° de latitud Sur; la de los vientos alisios del Noreste entre el Ecuador y el 30° de latitud Norte y la

de los vientos alisios del Sureste entre el Ecuador y el 30° de latitud Sur. En el Pacífico oriental existe una zona de calma entre el 5° de latitud Norte y el 5° de latitud Sur; en cambio en la parte occidental del Gran Océano, los monzones del Mar de Indias se hacen sentir hasta el 147° de longitud Oeste.

El Océano Pacífico es relativamente poco agitado; las tempestades son raras sobre todo en las regiones orientales que bañan las costas americanas, con excepción, sin embargo, de la parte más meridional que se acerca con el cabo de Hornos, pero en la región occidental particularmente sobre las costas de China los "Tai-fong" (tifones) son temibles y nos ofrecen un interés muy especial; la mayoría de las veces nacen retirados de las islas Filipinas y siguiendo un trayecto curvo, continúan a lo largo de las costas japonesas y van a morir en los parajes de las islas Aleutinas. La corriente ecuatorial del Norte sigue la dirección de los alisios del Noreste; se extienden entre el 8° y el 20° de latitud Norte y se dirige hacia el Oeste hasta las Filipinas, en donde inclinándose hacia el Norte, baña las costas japonesas siguiendo la misma dirección que los tifones; de allí bajo el nombre de Kuro-sivo (Río Negro), toma una dirección más y más pronunciada hacia el Noreste, y debido a la acción de los vientos variables soplando del Oeste se inclina hacia las costas de Norteamérica (Estados de Washington, California), de donde continúa hacia el Sur hasta que se encuentra con la contracorriente ecuatorial que se extiende entre el 5°, 8° y 10° de latitud Norte y después se dirige hacia el Este, es decir, hacia la costa americana. Esta corriente es particularmente fuerte en verano.

La corriente ecuatorial del Sur sigue el trayecto que recorren los alisios del Sureste; en la parte occidental del Pacífico corre hacia el Oeste entre los archipiélagos australianos y Australia; a la altura de Nueva Caledonia, voltea al Sureste, pero, cogida por los vientos variables que soplan en la dirección del Este se inclina hacia la costa de la América del Sur la que costea remontando hacia el Norte bajo el nombre de Corriente Peruviano o de Humboldt.

Las corrientes polares son sobre todo importantísimas en la parte septentrional del Gran Océano: la corriente de Kamchatka, saliendo del estrecho de Behring, costea las costas asiáticas, la península de Kamchatka que le da su nombre, la isla Sajalin (Sakhalin) y las costas orientales del Japón. La corriente de Behring baña las costas de Alaska y empujando las aguas más calientes de una rama del Kuro-sivo, éstas van a calentar la Columbia Británica. La primera de estas corrientes lleva una cantidad bastante considerable de témpanos de hielo flotantes los que amontonándose en los estrechos de la costa asiática son un verdadero obstáculo a la navegación, en cambio que las costas de Alas-

ka bañadas por la corriente de Behring son menos encumbradas de témpanos de hielo, salvo durante una pequeña parte del año.

Ruta del Sur Pacífico

En el Océano Pacífico tanto en el centro como al Sur se hallan millares de kilómetros de agua separando Sudamérica de la más cercana isla del Pacífico, condición que desde un principio excluye de toda probabilidad la idea que pueblos primitivos pudiesen haber encontrado un camino por allí. Las islas que baña la corriente ecuatorial del Sur eran habitadas por poblaciones melanesias las que es muy posible no hayan llegado a estas islas sino mucho después de la población del Nuevo Mundo "y cuando hubiesen desarrollado sus barcos; y en cuanto a la vía de la contracorriente ecuatorial es todavía más inverosímil por la época. El punto de partida de esta masa de agua es el archipiélago de las Filipinas habitado por malayos valientes y atrevidos aventureros marinos y piratas inveterados que hasta es posible que hayan llegado a la isla de Pascua, además que entre esta isla y Sudamérica se encuentra un brazo de mar de más de 1,500 kilómetros; además que en esa época no tenían barcos capaces de hacer travesías; los geólogos opinan que no existen evidencias que pudiesen demostrar que esta enormísima extensión haya estado alguna vez unida.

Ruta de la corriente del Japón o Kuro-sivo

Lo mismo puede decirse de esta ruta, cuya corriente aunque viene a bañar las costas de Norteamérica desde las islas Aleutinas, no pudo ser aprovechada en esa época por el hombre primitivo pues, el atravesar estas inmensidades de agua era difícilmente posible, aun por viajeros que se hicieran llevar por la corriente o aprovecharían los vientos predominantes, pues esto implicaría unos conocimientos poco comunes para esa época; o por naufragos, cosas que sólo sucedieron, puede decirse, en época relativamente reciente.

La historia de Fu-sang, la tierra accidentalmente descubierta por viajeros chinos no es de consecuencia, nos dice Holmes, desde el momento que se trata de una época reciente, además que ésta no es el Continente Americano. Bien conocido es el hecho que juncos japoneses y chinos se han encontrado en las costas americanas; pero esto también tiene poco que ver en la cuestión de la población del Continente Americano, desde el momento que este Continente fué con toda probabilidad habitado mucho antes que los juncos japoneses y chinos fuesen capaces de hacer largas travesías.

Ruta Aleutina

Ahora nos acercamos a la ruta que forma la cadena semicircular de las islas Aleutinas desde Kamchatka hasta Alaska, aproximándose hasta unos 540 kilómetros de esta península. Hoy en los botes de los habitantes primitivos de ambas costas, es una ruta posible, aunque muy difícil " si no imposible" nos dice Jockelson; el viaje tiene un intervalo de un brazo de mar al que quitando la posición intermedia de las islas del Comandante es de más de 400 kilómetros generalmente tempestuoso y de niebla casi permanente; aunque Hrdlicka, basándose en las proezas y hazañas marítimas realizadas en tiempos recientes, en botes de pieles por los nativos de la costa norte del Pacífico, infiere la posibilidad que hubieran atravesado esta distancia y llegado a América en época prehistórica; y nosotros en México durante el curso del año de 1934, vimos cómo una escuadrilla de frágiles piraguas seris en número de dieciséis hicieron la travesía desde la isla del Tiburón hasta Guaymas, utilizando solamente el cañalete, pequeño remo, tardando seis días atravesando el Golfo con mal tiempo, sosteniéndose de pescado crudo, para recoger un velero que les obsequió el Gobierno; no podemos considerar ésta como probable ruta para tiempo primitivo, e igual idea sostiene el doctor W. H. Dall que desde fines del siglo pasado en su trabajo "On the origin of the Inuit" (Washington, 1877) combatió la idea que la cadena de las islas Aleutinas hubieran servido de puente para los emigrantes de Asia a América. Además, las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por este autor ("On the Succession in the Shell-heaps of the Aleutian Islands." 1877) y por Waldemar Jockelson ("Archaeological Investigations in the Aleutian Islands." Washington. 1925) no fortalecen la idea que los pueblos americanos hubiesen utilizado esta ruta. El doctor Dall pudo distinguir tres períodos de ocupación que estima abrazan un período de tres mil años o más. El período más antiguo es representado por los "Echinus-Eater," pueblo de muy baja cultura, posiblemente sin el conocimiento del fuego y hasta la fecha, según dichas investigaciones y las evidencias, sin implementos o utensilios de ninguna especie y el autor hasta supone que sin barcos u otros medios posibles para navegar. Los segundos ocupantes eran "Fish-eating Tribes" que pudieron haber tenido barcos muy sencillos y por lo tanto inservibles para largos viajes. Los pueblos del tercer período eran más adelantados aproximándose en cultura a las tribus históricas. Los primeros y segundos ocupantes procedían y eran originarios del Continente Americano y lo mismo puede decirse con referencia al tercer grupo. En todos los depósitos no se encontraron ni siquiera las huellas para suponer que algún pueblo de más avanzada cultura, o de cualquier otra cultura hubiese pasado por allí. Si esta cadena de islas hubiese sido la ruta migratoria (empleamos esta palabra por haber sido la usada hasta hoy por los investigadores de este asunto, pues no fueron verdaderamente migraciones las que poblaron

nuestro Continente; pero más bien extensiones paulatinas) eso no podría ser la verdad, pues se hubiesen encontrado estaciones en todas las grandes islas y alguna indicación de su presencia subsistiría hasta hoy. Jockelson, además de sostener la opinión que los aleutinos procedieron del Oeste, esto es, del Continente Americano, nos dice que pudo comprobar que estos pueblos primitivos ni siquiera llegaron a tener comunicaciones con los nativos siberianos, antes que las islas fueran descubiertas por los rusos, mientras que los esquimales del noroeste de América tenían intercambios con los nativos siberianos, y agrega: "Estoy completamente de acuerdo con las consideraciones teóricas de Dall, concernientes a la imposibilidad que las islas Aleutinas se hubiesen poblado desde Asia, bajo las actuales condiciones geográficas existentes y con los medios primitivos de navegación. Sin embargo, es necesario poner algo de atención al antiguo estado de las islas, esto es las bases geológicas para poder considerar si las islas Aleutinas en un período u otro sirvieron de puente natural entre Asia y América. Esta cuestión general tiene tres aspectos: 1). ¿Es posible que el puente terrestre que sin ninguna duda existió entre el noreste de Asia y el noroeste de América alcanzó a llegar tan al Sur, como es la presente latitud de la cadena Aleutina? 2). ¿Puede ser la actual cadena Aleutina considerada como los restos del antiguo puente terrestre? La importancia de una contestación afirmativa a esta cuestión es manifiesta. De cualquier modo esta es la cuestión en que estamos principalmente interesados, esto es, 3). ¿Estaba esta unión de los dos Continentes todavía en existencia durante el período Pleistoceno, esto es, durante el período más avanzado que se puede suponer cuando el hombre pasó del Viejo Mundo al Nuevo? Por desgracia la geología de las islas Aleutinas no está suficientemente conocida para proporcionar una contestación definitiva a esta cuestión". Además, nos dice Holmes ("Handbook of Aboriginal American Antiquities," Washington, 1919) las islas del Comandante que forman el último eslabón de la cadena, no estaban habitadas cuando por la primera vez fueron visitadas por hombres civilizados y hasta la fecha en ellas no han sido halladas huellas que pudiesen demostrar que éstas fueran algunas veces ocupadas por el hombre. Por lo tanto, en esta supuesta ruta nos hallamos, con un intervalo de más de cuatrocientos kilómetros en la que hasta la fecha no ha aparecido ni la menor evidencia de la presencia humana, mientras que tenemos una extensión de más de mil quinientos kilómetros que no nos dan las huellas del paso de pueblos migratorios. Ninguno de los pueblos nativos de toda la costa norte del Pacífico desde Japón a California, cuando fueron conocidos por la primera vez por los blancos se hubieran aventurado a navegar las grandes extensiones de mar que separan los miembros externos del grupo Aleutino desde Kamchatka sin ningún más fuerte motivo que los que ahora puede imaginarse y asimismo, no existe evidencia que en épocas más antiguas los pueblos de estas costas hubieran sido más emprendedores o adelantados en cons-

trucciones de barcos y en navegación, o que existiesen motivos más fuertes en estas épocas para tratar de hacer el viaje que durante el período histórico". Por lo tanto, tomando en consideración el acomodamiento actual de las islas Aleutinas, se puede desechar la idea que los pueblos primitivos se hubiesen extendido por estas islas, esto es, servido de este camino intercontinental para paulatinamente extenderse en el Continente Americano.

Ruta del estrecho de Behring

Entre las posibles puertas de entrada a América, por lo que se refiere a la época de que tratamos, el interés se reconcentra exclusivamente alrededor del estrecho de Behring donde observamos que en este caso, no había, ni con mucho, estas insuperables dificultades que vencer; solamente un promedio de unos cincuenta kilómetros separan los dos Continentes en el estrecho y en días claros desde el cabo este de Asia se distingue perfectamente la tierra americana, mientras que, nos dice Holmes, en las temporadas frías el hielo forma un puente tan completo que la cuestión de cruzar de un lado al otro es solamente cuestión que los emigrantes estén presentes y que éstos tengan ropa caliente y provisiones para la jornada; también podemos agregar a esta ruta la más al Sur, atravesando un brazo del mar de Behring para lo cual facilita la tarea la isla de San Lorenzo. Entonces allí, suponiendo que no haya habido modificaciones importantes en las condiciones geográficas, allí siempre estuvo abierta una ruta de Asia a América para pueblos primitivos de una cultura suficientemente madura para permitirles el soportar los rigores del Artico. La cuestión de una verdadera conexión terrestre entre ambos Continentes en las épocas Terciaria y Cuaternaria, y especialmente durante los períodos más calientes interglaciales, ha sido y continúa siendo muy discutida por geólogos y paleontólogos que suponen que al norte de dicho estrecho parece haber habido una faja de tierra que unía esas dos orillas, la que permitió que pasaran ciertas especies gigantes de animales cuaternarios como el mamut, que es el más extendido en la América del Norte, el ciervo, el reno, el bisonte, el castor, el tejón, etc., y varios grandes felinos de climas fríos. Llegamos ahora al caso que sería, podemos decir, lógico, el aceptar que el hombre americano haya principiado a penetrar en el Continente Americano procedente del Asia septentrional, durante un período interglacial cálido, y eso puede ser aceptable cuando que Osborne (en su Conf. "Behring-Strassen-Ausbreitungsgebiet". Jacobi 1900 y Arldty-Wegener L. C.) y otros nos demuestran que desde el período Terciario, esto es, durante el Eoceno, Mioceno, Plioceno, y hasta en el Cuaternario, hubo cambios regulares entre las faunas asiáticas y norteamericanas, así es que la solución sea en favor o en contra de esta teoría, no puede mate-

rialmente afectar el caso, desde el momento que hasta la fecha no se han hallado las evidencias que nos puedan comprobar que el hombre existía en el noreste de Asia antes o durante el período Glacial, así es que lo que nos falta definir es la época en que el hombre primitivo principió a entrar al Continente Americano, que muchos antropólogos creen fué en un período relativamente reciente. Para terminar agregaremos lo que nos dice Hrdlicka: la posibilidad que los pueblos primitivos hayan atravesado el estrecho de Behring ha sido ampliamente confirmado por todos los científicos que han visitado el mar de Behring. El contacto humano entre los dos Continentes, puede decirse que nunca ha dejado de existir. Desde el período del viaje de Behring existen muchas referencias a estas conexiones. Hay todavía conocimientos históricos de intentos de penetración de los asiáticos al Territorio de Alaska. Un muy serio intento armado efectuóse a mitad del siglo XIX cuando los invasores pudieron llegar hasta el límite del Lago Salado en la península de Seward y fueron rechazados porque los nativos del lado americano se unieron y pudieron derrotar y hacer huir a los invasores. Por lo tanto puede considerarse que la migración desde tiempos antiguos desde el Asia es una realidad y sólo resta a la ciencia el encontrar los restos de tales movimientos.

Evidencias raciales

Ya que hemos llegado a la sola conclusión posible, esto es, que la ruta por la cual los asiáticos pudieron llegar a América es el estrecho de Behring, la que confirma de una manera incontrovertible la teoría que el indígena americano proviene del noreste de Asia, pasaremos ahora a investigar las evidencias raciales; pues habiendo llegado a la conclusión que este origen es asiático nuestros estudios tienen forzosamente que desviarse hacia esta dirección para hallar el origen de los americanos, y así como al principio de este estudio, siguiendo al doctor Hrdlicka, estudiamos las razas aborígenes del Continente Americano en sus peculiares características, somatológicas, etc., pasando ahora al Viejo Mundo trataremos de ver si descubrimos significantes analogías que nos permitan relacionar alguna raza del Viejo Mundo con los aborígenes del Continente Americano.

“Seguramente, nos dice Hrdlicka (“Origin of the American Indians”), que eso no sucede en África en donde nos consta que hay muy poco en común entre negros e indios; tampoco en la Europa histórica, pues ésta ha sido siempre poblada, en el tiempo histórico, por la raza blanca, exceptuando ciertas irrupciones asiáticas pequeñas y de muy corta duración. No nos queda como punto de comparación, sino Asia; y si dirigimos nuestras miradas a la península que forma Siberia, y la costa este de este Continente, con mucho de la Malasia y también Polinesia, vemos

que estas regiones fueron y todavía hoy son pobladas por naciones y tribus que aunque diferenciándose de una a otra debido a una cierta mezcla y locales diferenciaciones, en conjunto forman un tipo que en la de sus esenciales semejanzas son fundamentalmente idénticas a los indios americanos.

"Este tipo persiste hoy con particular pureza en ciertas partes de las islas Filipinas (entre los Igorrotes), en Formosa, en buena parte del Tibet y del occidente de China, en Mongolia y en ciertas partes de Siberia. También los solemos hallar en la China propia, en Corea y el Japón. Este tipo se caracteriza por el mismo color epidérmico, calidad y distribución peculiar del cabello; también por los mismos ojos castaño-oscuros y la conjuntiva amarillenta; se nota igual prominencia del pómulos y otras características de otras partes de la cara y una frecuente semejanza del vaciado de los dientes delanteros superiores. El resto del cuerpo es también bastante parecido y, además, hay similitud mental y de costumbre, una muy cercana afinidad en otras funciones, así como en numerosos hábitos y prácticas."

Waldemar Jockelson en su trabajo "The ancient and present Kamchadal and the similarity of their culture to that of the Northwestern American Indian" (N. York, 1930) nos dice que la cultura material de los kamchadal se asemeja más a la de los indios americanos del Noroeste que a cualquier otra tribu del noreste de Asia, su mitología recuerda la de los indios tlingit, mientras que la estructura lingüística del Kamchadal está emparentada con el Chukchee y Koryak con los que forma un grupo lingüístico, tiene mucho en común con la estructura lingüística de los indios del Noroeste; y H. W. Krieger en su "Indian Villages of Southeast Alaska", refiriéndose a estos mismos indios, nos dice, además de hacer referencia que esta tribu fué hasta cierto punto pariente de los aztecas, muchas veces a causa de sus características ha sido confundida con japoneses con los cuales tiene muy marcadas similitudes, y hablando de sus artes opina que éstas, en lo que se refiere en sus labrados de madera, recibieron esta influencia del Asia, en un período no muy antiguo. También debido a los estudios de Boas y Ehrenreich tenemos un conocimiento exacto de la invasión del Continente Americano por mitos asiáticos de la región extendida entre el Japón y Cochinchina. Se introdujeron estos mitos, según los estudios de Boas, en el interior del Continente Americano por el río Columbia. Por otro lado llama Ehrenreich principal atención a la extensión de sus influencias al menos hasta la central peruana. Estos habrían llegado, según las suposiciones de este último, después del principio de las civilizaciones americanas.

Por eso Hrdlicka está en lo justo cuando nos dice: "Esta semejanza física entre algunos miembros de los grupos asiáticos y el indio es tal, que si recíprocamente fueran trasladados de morada, vestidos y arreglados del cabello como otro cualquiera de los individuos con

quienes los pusiéramos a vivir, en lo físico no podrían ser distinguidos del resto de la comunidad ni por los ojos de un experimentado observador. Tal parecido no puede ser fortuito, esto nos demuestra que el noroeste de Asia siempre ha sido y todavía es poblado por un tipo humano que, aunque no es más homogéneo que otra raza, por ejemplo, la blanca, es la que más se aproxima en todo sentido al aborigen americano. Dada pues la proximidad entre los dos Continentes, que permitía el fácil tránsito de uno a otro aún en épocas de rudimentaria cultura, y considerando, poniendo a un lado los emigrantes heterogéneos y mezclas, que ambas regiones están radicalmente pobladas hoy por un mismo tipo humano idéntico, encontramos en estos hechos el mejor argumento para probar el común origen de esos habitantes de Asia y del indio americano. Y puesto que el hombre (lo hemos dicho ya) no se originó en América, y pasó a Asia, sólo nos queda una solución posible que es: que nuestros aborígenes provienen del Continente Asiático, de donde llegaron por el camino ya señalado, el cual no tan sólo es el más corto y fácil, sino como lo hemos visto, el único que en tiempos tan remotos permitía emplear la primitiva cultura humana.

"Las islas del Océano Pacífico no fueron pobladas sino en época relativamente reciente, esto es, después que las Américas; cuando los pueblos primitivos hubieron suficientemente desarrollado sus barcos y, por lo tanto, buscar a los antecesores de nuestros indígenas en ellas, es tan ilógico como si se tratara de la histórica Europa o África.

"Concediendo, pues, que el indio vino del Asia, se nos presentan todavía dos importantes cuestiones que resolver respecto al tiempo y manera en que dicha inmigración tuvo lugar.

"En lo relativo al tiempo, no tenemos datos positivos en que apoyarnos, pero me parece posible encontrar una solución favorable a esta cuestión, si la buscamos de una manera indirecta.

"Resulta evidente por sí mismo, que antes de que el hombre emigrara de Asia, había ya poblado aquel territorio en números muy grandes, ya que solamente una enorme población podía llenar unos territorios tan extensos. El hombre no emigra como las aves, sino que se dispersa, se va extendiendo paulatinamente; es una criatura gregaria y formada de hábitos, siendo uno de los más arraigados en él, el del amor al hogar, ya sea éste la limitada extensión ocupada por una comunidad sedentaria, o ya el gran territorio de una tribu nómada. Así es que si se llega a movilizar del lugar en donde vive, es siempre debido a una compulsión exterior, causada bien por un enemigo, alguna calamidad, carencia de recursos, o bien porque tenga esperanzas de algo mejor en alimento o clima. Es, por consiguiente, desacertado suponer que haya poblado las regiones septentrionales del Asia, antes que las más calientes y ricas del Mediodía, no pudiendo, por lo mismo, trasladarse a América, sino después de haber ocupado las partes asiáticas más frías, que son las más cercanas a nuestro Continente. Y esto nos

lleva de la mano al segundo paso de nuestra encuesta, que consiste en el estudio de la población de Asia y, particularmente, de sus regiones próximas a América.

Y más adelante, basándose en los trabajos de Anderson, Chardon, Lisen, Teilhar y otros, nos dice: "Las investigaciones arqueológicas hechas en el Asia septentrional, incluyendo el Japón y China, están todavía en su infancia, a pesar de lo cual, los descubrimientos efectuados aseguran la existencia en áreas muy extensas de restos de ocupación humana en forma de montículos sepulcrales, minas y otras huellas de actividad humana. La mayoría de estos restos no son de gran antigüedad, pues datan, a lo más, de los últimos tiempos prehistóricos, pero también se han descubierto otros como montículos, restos en cavernas y sitios de moradas que son más antiguos los que solamente han dado implementos de piedra y hueso y primitiva cerámica, siendo notable el hecho que entre los objetos hallados no hubiese uno de metal; tales descubrimientos son los más antiguos que se han efectuado en esa parte de Asia y la cultura que representan corresponde en lo general a la de la época Neolítica europea, aserto que podemos igualmente aplicar a los restos esqueléticos hallados en las citadas tumbas, los cuales son muy parecidos a los existentes en la Europa de la misma época Neolítica. No tenemos, por lo tanto, evidencias convincentes de que esas porciones de Asia hayan sido pobladas, sino hasta tiempos relativamente modernos. Es también verdad que implementos paleolíticos han sido descubiertos en cierta región a lo largo del río Yenisei, en Siberia, y otros han sido recientemente encontrados en el noroeste de China; pero estos hallazgos aunque comprobasen de representar restos antiquísimos del hombre se hallan a millares de kilómetros de donde el hombre hubiese eventualmente pasado al Continente Americano; todo lo cual nos conduce a la presunción de que el principio de la emigración hacia América no tuvo lugar antes del período Neolítico europeo, es decir, que ocurrió hace diez mil o a lo más quince mil años, o sea casi al despertar del período protohistórico del Viejo Mundo.

"Aquí, sin embargo, se nos puede presentar la objeción de que quizá el hombre septentrional asiático tuviera un origen distinto que el neolítico europeo y pudiese haber ocupado los confines del norte de Asia antes que poblaran Europa la o las ramas occidentales de la humanidad. A tal aserto, podemos replicar que todo ello es sólo una hipótesis que ninguna prueba material y positiva presenta; el hombre asiático septentrional de todas las épocas es tan semejante en lo fundamental, al blanco, que no podemos considerarlo como su pariente lejano, y mucho menos como de distinta especie, como necesariamente tendríamos que hacerlo si fuera de otro origen. No hay ni siquiera la presunción de que ocupara el norte de Asia antes de la existencia del hombre neolítico europeo. Nos parece más justificada la probabilidad de que desciende del mismo tronco de la población preneolítica y neolítica de Europa,

y de que pobló el Asia después de una peregrinación a través de sus regiones del centro y meridionales. Si para dar mayor fuerza a nuestro argumento concedemos por un instante que se desarrolló aparte en el sur de Asia, su llegada a los confines de ésta no podía haber sido antes que si hubiese provenido del Oeste, atravesando las grandes estepas centrales, teniendo en cuenta que ya había alcanzado casi idéntico "Status" físico y cultural que el hombre europeo del último período prehistórico y que se había dispersado por territorios casi más extensos que si hubiera venido de Europa.

"Casi ninguna atención demanda la idea de una posible emigración preneolítica hacia América, procedente del noroeste de Europa. El último tipo del hombre paleolítico europeo vivió durante las postreas fases de la invasión del hielo, en que el noroeste de Europa, exceptuando la región meridional de Inglaterra, era tan inhabitable para el hombre como la parte correspondiente de América. ¿Cómo, entonces, pudo haber llegado a este Continente? Ya en la discusión sobre la ruta del Norte Atlántico, hicimos ver la imposibilidad de un traslado de Europa a América. Remontándonos aún más, tenemos en Europa el hombre de Neanderthal, quien nadie podría imaginar que emigrase a América para ser el antecesor de nuestros indios.

Bajo cualquier aspecto que consideremos la cuestión, la época de la ocupación de América no puede precisarse sino en términos de relativa exactitud, pero es probable haya efectuándose en tiempo del hombre neolítico europeo, es decir, en época citada anteriormente.

El doctor Hrdlicka, continuando su estudio, se pone a considerar cómo ocurrió la venida del hombre al Nuevo Mundo y su subsecuente expansión y multiplicación, y en vista del interés que éste encierra lo transcribiremos íntegro:

Para eso, nos dice: "Debemos despojarnos antes que nada de la creencia de una migración en masa; las regiones del noreste de Asia, nunca han sido propicias para dar albergue a un gran número de seres humanos a la vez, pudiéndose deducir de esto las siguientes suposiciones: el hombre asiático en grupos nómadas, relativamente pequeños, cazaba y pescaba a lo largo de los ríos y de la costa, para lo cual debía tener su vivienda cerca. Como por una u otra causa la caza disminuyera en esos lugares, la fué a buscar a otros; mas no se dirigió hacia el Sur, donde otras tribus quizá más numerosas se hallaban establecidas y defenderían sus territorios, sino al Norte, siempre en dirección de la menor resistencia y de mayor abundancia, hasta que llegó a las Kuriles, Kamchatka, y la extremidad septentrional de Asia. Una vez llegado a los límites del Continente, sin ninguna duda por esta época estaba ya bien provisto y experto en el manejo de canoas capaces en determinadas y favorables circunstancias, de resistir una travesía bastante larga por mar, y tal vez alguna partida habiéndose aventurado llegó o fué echada hacia el Este, arribando de este modo a las islas Aleutinas". Como se ve, el

doctor Hrdlicka supone que las islas Aleutinas pudiesen haber servido de puente natural entre Asia y América para que pasase el hombre primitivo, cosa que nosotros desechamos en vista del acomodamiento actual de las mismas, pues una travesía que digamos de trescientos kilómetros, no es para barcos primitivos de pieles y eso sin nada a la vista, simplemente "una travesía bastante larga por mar" es asunto de más de un mes de travesía, y esto en parajes casi constantemente cubiertos de neblina y mar tempestuoso; además, aunque unos sosteniéndose con pescados crudos hubiesen sido arrojados por una tempestad sobre una de estas islas, es muy difícil aceptar la teoría que se hubiesen regresado para volver con otros miembros de su tribu. Además, como hicimos ver, los informes arqueológicos que hasta la fecha tenemos, no sostienen esta teoría. "Una vez descubiertas sirvieron ellas mismas como de puente natural sobre el que, con el tiempo, grupos de nativos siberianos más o menos numerosos pudieron llegar a Alaska y al Nuevo Mundo. También una partida pudo haber cruzado el estrecho de Behring, dada su escasa anchura (ya hicimos ver que desde el cabo este de Asia se divisan, en días claros, las costas del Nuevo Mundo), o posiblemente lo pueden haber hecho en otra conexión terrestre que tal vez existió más al Norte, pero puede decirse que con el tiempo los nativos de estas regiones utilizaron todos los medios para pasarse al Nuevo Mundo. A medida que corría el tiempo, iba penetrando el huésped de nuestras tierras al interior de ellas, las cuales pletóricas de caza y pesca y deshabitadas como se hallaban, le ofrecían una perspectiva felicísima, ya no quiso volver atrás y si lo hizo fué para ir en busca de familiares y compañeros, continuó cazando, se fué dispersando y multiplicando, y dadas las condiciones favorables que encontró, le bastaron unos cuantos siglos para poblar el territorio de las dos Américas.

"Cualesquiera que fueran las circunstancias de la primera ocupación de América, es de presumirse con cierta certidumbre que iba siendo poblada por pequeñas partidas y no por emigraciones simultáneas de pueblos enteros. Estas partidas fueron sucediéndose a medida que la bondad del nuevo clima llegaba a los rezagados, quienes alentados por ella se decidían a emprender el viaje, estableciéndose así, irregular, pero indefinidamente, el tránsito intercontinental. Es muy posible que hubiesen sucedido varios descubrimientos del Nuevo Mundo en diferentes partes de sus límites del Noroeste; estas emigraciones duraron desde el período neolítico europeo, hasta los principios del histórico, en el cual ya sabemos que partidas de esquimales se dedicaban al comercio en la isla de San Lorenzo y en el estrecho de Behring.

"Los recién llegados, aunque todos pertenecían a la misma raza, evidentemente no eran, en el sentido estricto de la palabra, homogéneos sino que representaban varios subtipos de la familia amarilla-cobrizo, con diversidad de cultura y de lenguaje..."

En su último trabajo, el doctor Hrdlicka, con referencia a sus investigaciones en Alaska, nos dice: estas investigaciones que estamos realizando ya han dado luz sobre el problema de la migración asiática hacia el Nuevo Mundo. Definitivamente se ve que estas migraciones fueron no solamente naturales y fáciles sino inevitables, y continuaron hasta que América fué toda poblada. Estas fueron más bien extensiones que migraciones y fueron todas por agua. Las conexiones terrestres eran completamente innecesarias. Geológicamente hablando, estas entradas fueron recientes, y muy interesantes huellas de éstas han principiado a aparecer, aunque las condiciones climáticas para las preservaciones de estos restos en esta región es de lo más desfavorable.

He aquí brevemente relatada la historia de la génesis del indígena americano fundada en los mejores y más recientes datos antropológicos. Hay todavía mucha incertidumbre en estudios tan complejos como éste que ha ocupado nuestra atención; pero creo que el delineamiento general que he hecho, nos da mucha luz sobre todo esto.

Origen de las culturas americanas

Ya que en las páginas anteriores comprobamos la unidad racial y el origen asiático, fundamentalmente primitivo de los pueblos americanos, pasaremos ahora a investigar el problema sobresaliente de la prehistoria precolombina del Nuevo Mundo, que es el que trata del origen de la civilización indígena en este hemisferio. Hasta ahora puede decirse que el verdadero puesto del indio americano entre las razas humanas no puede determinarse hasta que definitivamente conozcamos su importancia en la evolución cultural del Globo, lo que implica que conozcamos cuáles fueron los elementos de cultura que trajo consigo; el grado de desarrollo independiente y cómo pudo establecer las complicadas estructuras sociales, religiosas y económicas que había poseído por muchos siglos antes de la llegada de los primeros europeos. Estas cuestiones relativas a su origen y desarrollo cultural son naturalmente fundamentales para los americanistas; para Max Uhle éstas merecen una atención especial por dos circunstancias conectadas con ellas: "su separación del mundo antiguo y su elevación en algunas regiones del Continente a alturas comparables con las de las civilizaciones del otro Mundo." Su explicación forma, por eso, un problema de tal interés para su propio entendimiento, como por las leyes de desarrollo de civilizaciones del Globo en general. Por dos teorías diferentes del mundo científico ha tratado de acercarse a la solución de este problema:

1. Del desarrollo independiente de las civilizaciones de las diferentes partes del mundo, y

2. De su interdependencia en forma de un árbol genealógico, una con otra y reducción en sus últimas raíces a una sola primeramente primitiva.

La segunda teoría implica de cierta manera la descendencia de la primera civilización de fuentes originales situadas fuera del Continente, así es, que, si aceptamos la idea que el Continente Americano haya sido poblado desde el Viejo Mundo por la vía del estrecho de Behring, es lógico aceptar que la descendencia de esta primera civilización, esto es, que la cultura que entonces se introdujo y llevaban estos primeros pobladores, sea la del Artico, fuente original de las culturas americanas. Hasta hoy puede decirse que en las investigaciones arqueológicas realizadas en las márgenes y territorios colindantes del estrecho de Behring por las expediciones antes mencionadas y por Hrdlicka desde el año de 1926 en el Yukon, Point Barrow, las islas de San Lorenzo, Punuck, Kodiak y la península de Seward, no se ha encontrado otra que no sea esta primitiva forma de cultura.

Todas las culturas americanas, nos dice Holmes, han sido hasta hoy clasificadas como pertenecientes al Neolítico, pero el desarrollo cultural se ensancha tan extraordinariamente a medida que bajamos hacia el Sur y toma formas tan distintas y extraordinarias, que muchas veces los investigadores se han preguntado si el estrecho de Behring ha sido el solo lugar por donde penetraron los habitantes del Nuevo Mundo. Que las naciones civilizadas del Viejo Mundo nunca tuvieron relaciones íntimas con las tribus indígenas del Nuevo Mundo es aparente desde el momento que, según los datos que tenemos, los aborígenes americanos se hallaban al momento de la llegada de los europeos, en el tipo cultural de la "Edad de Piedra". "Los indígenas se hallaban sin las bestias de carga del Viejo Mundo, sin carros con ruedas, sin barcos de vela, todos ellos esenciales para un estado civilizado; no tenían ganados, factor muy importante para el desarrollo de la vida sedentaria; tenían poco o ningún conocimiento del hierro, y pocos conocimientos sobre la fundición de los minerales, también elementos esenciales en el desarrollo de la civilización; no llegaron a conocer la llave del arco tan necesario para las construcciones, no conocieron la rueda para hacer sus utensilios de cerámica, ningún bien desarrollado alfabeto fonético, el adelanto principal del barbarismo a la civilización". Para los que sostienen la teoría que al trasladarse, los pobladores que vinieron a este Continente desde la vieja Europa no pudieron traer el ganado, por no poder resistir éste un tan largo viaje por mar en barcos rudimentarios, tendremos que preguntarles en dónde dejaron el uso de la rueda, pues de seguro que por primitivos que fuesen no hubieran dejado de utilizar un elemento tan esencial como éste; y en cuanto a los que han querido sostener la idea que el calendario fué traído del Viejo Mundo, no puede ser tampoco admisible tal teoría, pues esta ciencia que era reservada a los sacerdotes y especiales personalidades, no es posible que haya llegado al Continente Americano, como nos lo hace

ver Holmes, "con unos marineros aventureros o naufragados pescadores", pero más que eso ¿en dónde están sus huellas en el Viejo Mundo? Max Uhle en su "Desarrollo y origen de las civilizaciones americanas" ha querido unir este calendario con otros de Asia, pero consideramos este trabajo demasiado fragmentario y con bases demasiado débiles para poder admitir tales teorías.

No son pocos los autores que desde el año de 1761 basándose en los autores chinos, debido a la descripción que nos conservó Ma-Twan-Lin, sobrellamado Kouei-yu en su famoso "Wenhiagthongkao", o sea "Investigaciones profundizadas de los antiguos monumentos"; de los viajes del sacerdote budista Hwei-Shin (Hwui-Shin) quien llegó a China en el año de 499 de regreso de Fu-Sang, han emitido la opinión que desde épocas remotísimas existían relaciones entre algunos pueblos de Asia y América, y han querido identificar a Fu-Sang con México.

Hwei-Shin en su descripción se expresa de la siguiente manera: el país se halla situado a 20,000 li al este de Ta-han; en él crecen numerosos árboles fu-sang (según Vivien de Saint Martin éste sería el *Hibiscus rosasinensis*), de donde procede el nombre del país; cuyas hojas son iguales a las del árbol Jhon (según Cronau éste sería el *Paulownia imperialis*) las hojas de este árbol son comestibles como sucede con los brotes del bambú, además produce una fruta encarnada con bastante semejanza a la pera; de su corteza que produce fibras que se pueden tejer, se fabrican vestidos.

En este país hay unos bueyes que sobre su larga cornamenta pueden cargar un peso de 20 ho (1 ho = 10 quintales). Los habitantes del país tienen carros que son arrastrados por caballos, bueyes y ciervos. Estos últimos son criados del mismo modo que se cría en China el ganado vacuno, y con la leche que de ellos se extrae, fabrican queso. Hay una clase de peras encarnadas que se conservan todo el año sin pudrirse. También hay muchas uvas. Entre los metales es el más común el cobre; el oro y la plata se aprecia poco, en cuanto al fierro éste es completamente desconocido.

Los habitantes de Fu-Sang edifican sus casas de tablas; sus ciudades no son rodeadas de paredes como las de la China; poseen una escritura y fabrican el papel con las fibras del árbol fu-sang. Ignoran las corazas y las lanzas; por lo tanto no tienen combates.

El rey del país se llama I-ki; está acompañado de un séquito de tambores y trompetas; el color de sus vestidos difiere según la estación del año; hay en el Fu-Sang tres clases de nobles: los de la primera categoría se llaman tai-lu, los de la segunda pequeños tai-lu y los de la tercera na-to-tcha.

En este país cuando un noble comete un delito, se le prende y encierra en un calabozo subterráneo, y dejándole cierta cantidad de alimentos y bebidas, lo rodean de ceniza y se despiden de él. La descripción del citado sacerdote termina de la siguiente manera: "Antiguamente

no se conocía en Fu-Sang la doctrina de Buda; pero en el año segundo del período de Ta-ming, de la dinastía de los Song (458 años después de Jesucristo), llegaron cinco bhikshus (monjes mendicantes) del reino de Ki-ping (Afganistán), donde se profesaba el budismo, y propagaron por el país, las leyes, los libros y las imágenes de Buda. Las doctrinas esparcidas por los dichos frailes hicieron muchos prosélitos, y gran número de individuos aceptando el budismo cambiaron sus antiguas costumbres y se dedicaron a la vida religiosa”.

De estos datos y otros sacados de la misma relación, se ha pretendido suponer que Fu-Sang se hallaba en América y que era idéntico a México, tomándose el árbol fu-sang por el maguey.

El primero que propagó semejante teoría fué De Guignes en su “Le Fu-Sang des Chinois est-il l’Amérique?” publicado en el volumen XXVIII de las “Memorias de la Academia de Inscripciones correspondiente al año de 1761”; desde entonces esto ha dado lugar a muchas discusiones y entre los que sostuvieron dicha teoría, puede mencionarse Hipólito de Paravey (París, 1844), Ch. G. Leland (Londres, 1875), Ed. P. Vinning (New York, 1885), quien nos da completo el texto de Ma-Twan-lin, Gustavo D’Eichtal (París, 1864-65), Hervey de Saint Denis (París, 1871), Neuman y otros. El primero que principió a negar toda identidad entre el Fu-Sang y la América fué Heinrich Klaproth (París, 1834), quien vió en la relación de Hwei-Shin una descripción del Japón, mezclado con una cierta cantidad de inexactitudes y episodios más o menos míticos, y éste fué sostenido durante el siglo XIX por el sabio Bretshneider y el geógrafo Luis Vivien de Saint Martin y más recientemente por Dall, Müller, Chamberlain, Shelegel (1892), Kronau (1892) y otros muchos.

Muy fácil es convencerse como nos dice Beuchat, que la descripción de Hwei-Shin no puede aplicarse al Nuevo Mundo: la existencia de caballos, la domesticación del buey, las carretas, la industria de la leche, ciertamente que no son rasgos americanos, y por eso hoy puede decirse que la mayoría de los autores consideran el Fu-Sang como un país del Asia oriental (Japón, Corea, Sakhaline) y a nosotros nos parece que se refiere a la Corea, pues en dicho país existe la antigua ciudad y puerto de Fu-Sang que fué abierta al comercio internacional al terminar el siglo XIX y se halla situada en la costa sureste de la península, a 11 kilómetros de la desembocadura del río Nak-Tong y a los 36°6 de latitud Norte y 129°3 de longitud Este del Meridiano de Greenwich. Además es de hacerse notar que los japoneses dan algunas veces el nombre de Fu-Sang a su país; aludiendo a una comarca misteriosa y simbólicamente le aplican también este nombre por ser éste el de una morera imaginaria cuyo tronco se hacía indestructible.

Más interesante que esta anterior descripción del Fu-Sang, para ciertos autores ha sido el trabajo histórico de Chau-ju-Kua, titulado “Chu-fan-chi”, que fué traducido y publicado por Hirth Friedrich y Rockill W. W. en San Petersburgo en 1911 (Chau-ju-kua: “His work on the Chi-

nese and Arab trade in the twelfth and thirteenth centuries") los que sugirieron a Holmes y otros, las posibilidades que durante las primeras centurias de la Era Cristiana, ciertos pueblos del territorio sur del Continente Asiático hayan tenido comunicaciones con tierras muy distantes y probablemente con el Continente Americano. En él se dice, que: los barcos que navegan en el mar del Sur y al sur de éste, son como casas. Cuando sus velas son extendidas parecen como grandes nubes en el cielo. Sus timones son varias decenas de pies de largo. Un solo barco lleva varios cientos de hombres. Tiene almacenado a bordo suficientes granos para un año. Alimentan cochinos y fermentan licores. Allí no hay apreciación de los muertos o de los vivos. Ya que han penetrado en el mar azul obscuro, para nada se regresan a tierra. Una vez a bordo el "Gong" tañe todo el día, todos beben glotonamente, huéspedes y patronos, por turno olvidan el peligro. A las gentes de a bordo todo está escondido, montañas, marcas, el país de los extranjeros, todos están perdidos en el espacio. (Páginas 33-34). Hay un gran mar (el Mediterráneo) y al oeste de este mar hay numerosos países, pero Mu-lan-p'i (España Mediterránea) es uno de los países visitados por los grandes barcos... Echándose al mar desde T'o-pan-ti (el Suez de hoy)... después de navegar hacia el Oeste por unos cien días completos, llegan a este país. Uno sólo de los grandes barcos de ellos, lleva varios miles de hombres y a bordo tienen vino almacenado y provisiones y también unos telares. Si uno habla de grandes barcos, no hay ningunos tan grandes como los de Mu-lan-p'i... Si uno viaja por tierra (desde Mu-lan-p'i) durante 200 días, los días tienen solamente seis horas de duración (páginas 142-143). Durante el octavo siglo los barcos ocupados en el comercio chino por los asiáticos del Sur, esto es, hindús, árabes y malayos "eran muy grandes y tan elevados sobre el agua que tenían que utilizarse escaleras de varios décimos de pies de largo para poder subir a bordo" (página 9), en el séptimo siglo intercambios comerciales eran llevados a cabo entre la ciudad de Cantón, China y el Golfo Pérsico, una distancia navegable de 6,000 millas, y todavía el viaje era continuado hasta el Japón, lo que extendería la distancia marítima hasta 8,000 o más; y tan intenso era el intercambio del Asia del Este y del Oeste, que por la mitad del octavo siglo los mahometanos de Cantón llegaron a ser tan numerosos que por el año 758 pudieron (por una razón que no ha llegado hasta nosotros), robar y quemar la ciudad y escaparse por el mar con el botín (página 15). El Gobierno de China tomó las medidas para fomentar el comercio que se hacía extensivo por el mar y el Emperador mandó una misión al extranjero con las credenciales necesarias, bajo el sello imperial y provisiones de oro y mercancías para inducir "los traficantes comerciales del mar del Sur y a los que iban a tierras extranjeras más allá del mar de venir a China." (Página 19.)

Por este relato, aunque se puede considerar como una posibilidad que estos comerciantes asiáticos hubiesen llegado al Continente Ameri-

cano, no la podemos aceptar como una realidad, pues existen ciertos hechos que inmediatamente nos inducen a rechazar estas comunicaciones o relaciones comerciales, las que, en general, son del género de las emitidas en el caso del viaje del budista Hœi-shin.

Por muy primitivos que hubiesen sido los patronos y marinos que hubieran podido llegar al Continente, es lógico suponer que por esta época (primeros años de la Era Cristiana) los conocimientos del bronce y del hierro estaban bastante extendidos en el pueblo; pero aun suponiendo que no lo empleasen, es seguro que conocían la rueda, así es que no puede ser admisible tal teoría, pues este elemento tan útil se hubiese extendido o por lo menos conservado en alguna región del Continente Nuevo. Pero veamos el caso desde otro punto de vista: el agrícola; muy curioso es el hecho que suponiendo la llegada de emigrantes o comerciantes del sur de Asia y la supervivencia de éstos, que en el Continente Americano no se haya cultivado el arroz, cuyo cultivo en el sur de Asia data, según unos desde esta época, y según otros fué cultivado en el este del Asia desde 2,000 años antes de J. C., pues de un solo grano que éstos hubiesen sembrado, nos hubiesen resuelto el enigma; conocemos del caso de la semilla de naranja de Bernal Díaz que sembró en Coatzacoalcos, un simple hecho de esta naturaleza tuviese más trascendencia que todas las teorías, suposiciones, o analogías culturales que se han querido identificar, las cuales para nosotros no tienen mucho valor científico, mientras tanto no estén sostenidas por mayores pruebas. En cuanto al juguete mencionado por Holmes, hallado por Charnay, en Tenenepanco, es de manufactura netamente posthispánica, y sólo nos demuestra con qué apresuramiento los indígenas adoptaron el elemento de las ruedas.

Eso no quiere decir que rechazemos por completo la idea que pudieron llegar al Continente Americano unos marinos o náufragos asiáticos, los que tal vez fueron sacrificados o bien, absorbidos por la población sin afectar seriamente la sangre o la cultura en regiones ya ocupadas, pues debido a la corriente del Kiro-sivo, muy conocida es la lista que publicó la revista de San Francisco, California, "Overland Monthly" en 1875, de quince casos bien definidos de "Dschonka" (juncos), barcos japoneses y chinos que llegaron a perderse sobre la costa americana a principios del siglo XIX; pero estamos persuadidos que si de Asia llegaron aquí algunas partidas de gentes, cosa que no es una imposibilidad, esto ocurrió mucho después del establecimiento del indio en América, y aun cuando dicha gente pudo haber introducido en el Nuevo Continente ciertas peculiaridades culturales, que hoy todavía desconocemos, estamos seguros que no afectaron radicalmente a la población primitiva.

Así como es cierto y lógico que debemos rechazar la teoría de derivar la llegada de los hombres asiáticos que se relacionan con el Fu-Sang o Chu-fan-chi, no se puede hacer lo mismo con ciertos casos de

semejanzas culturales y otros hechos concretos que palpablemente nos demuestran qué navegantes llegaron por el Pacífico a las costas de América en un período muchísimo anterior a Colón; ya hablamos del caso de los tlingit, quienes recibieron sus conocimientos sobre labrado de madera, desde el Asia, en un período no muy antiguo, por medio de marineros que naufragaron en sus costas llevados por la corriente del Kuro-sivo; de los estudios de Boas y Ehrenreich, quienes nos demuestran que los mitos asiáticos fueron introducidos en el Continente Americano después que éste fuese poblado. A esta lista puede agregarse la industria de las canastas que en sus principios era una de las características culturales de la costa Pacífica Americana y se extendía por el Oeste hasta partes interiores de Asia y en el Continente Americano hasta la ciudad de México, de donde se interrumpía hasta el sur del Perú (apareciendo vestigios en Manta), pero desde Arica continuaba hasta el noroeste de la Argentina.

También el profesor Otis T. Mason llamó la atención al hecho que el uso de la estófica o atlatl, fué extendido por las costas del Océano Pacífico desde Micronesia, hasta las Australes Pacíficas Americanas.

A todo esto pueden agregarse las muy interesantes investigaciones del doctor Rivet, quien, aunque fundamentalmente acepta las ideas concernientes a la inmigración y origen asiático del hombre americano, que pasando por el estrecho de Behring poblaron el Continente, en su trabajo "Les Malayo-Polynesiens en Amerique" y otros, sostiene la teoría que ciertos pueblos del Océano Pacífico: melanesios, polinesios, malayos y australianos, desempeñaron papel muy importante en la población de la América primitiva. Éste autor, sirviéndose principalmente de la Lingüística, la Etnografía y la Antropología, nos da numerosas pruebas de esas influencias, y además supone como lo hace también el arqueólogo portugués Méndez Corea que los australianos, en una época que los geólogos pueden fijar con bastante seguridad, en 6,000 años, debieron llegar a América por la vía del Antártico, y ampliando más su tesis que estos australianos al llegar al Continente Antártico se dividieron en dos ramas, una se dirigió hacia el Este para llegar finalmente a América, mientras que la otra rama que se fué por el lado del Oeste alcanzó a llegar al África del Sur. . . Regresándonos a las inmigraciones oceánicas nos dice que esas olas migratorias se sucedieron y llegaron a América por la vía marítima, pasando de islas a islas con los medios más primitivos y para sostener esa teoría, nos presenta un imponente conjunto de pruebas etnográficas y lingüísticas y sirviéndose de una espléndida bibliografía y otras investigaciones personales nos proporciona un notable conjunto de concordancia entre la etnografía americana y la etnografía malaya-polinesiana, entre las cuales halla las siguientes semejanzas:

Hallamos en los territorios malayo-polinesios y en América bajo formas casi idénticas, el hamaca, los bailes rituales enmascarados, los puentes colgantes, el atlatl, cerbatana, el arco a bala, el mazo hecho de

una piedra anular o en forma de estrella, el hacha con mango de codillo, las cabezas trofeos, la flauta de Pan, el tambor para señales en madera, el tambor cilíndrico con membranas de piel, la trompeta de concha, el arco a música, el "churinga", la rama amuleta, el estuche para el pene, y continuando agrega: "los instrumentos que en la Malasia, Melanesia y en Polinesia sirven para batir la corteza del *morus papyrifera* y otros árboles para hacer de ellos unos vestidos, han sido hallados sobre la costa noroeste de la América del Norte; en América Central, en Venezuela y Colombia, también con los indios del alto río Negro, los laracha del Araguaya y con un cierto número de tribus del alto Madeira; todavía se sirven de ellos en México para batir la corteza del *morus niger* y de una especie de ficus empleados para la fabricación de papel".

"Las similitudes entre los telares de la Malasia, de la Micronesia, de la América Central y de la costa occidental de la América del Sur es tal, que Hugo Ephraim en su "Ueber die Entwicklung der Webetechnik und ihre Verbreitung ausserhalb Europas" hizo de ellos un tipo único: "el tipo del Pacífico".

"Los indios de la América del Norte y de la América del Sur hacen uso de un juego de suerte que, en ciertas regiones (antiguo Imperio Incásico) se componía de una tablilla en madera o en piedra provista de cúpulas. Un juego semejante se encuentra en Malasia".

"Las mutilaciones dentarias, consistentes en incrustar en los incisivos y algunas veces en los caninos y los primeros molares un pequeño bloque cilíndrico de cobre, oro, o nácar, son frecuentes en todo el Archipiélago Malayo; éstas se encuentran en México, en Yucatán y sobre la costa ecuatorial, con esta sola pequeña diferencia que las materias empleadas en América para la incrustación, son el sílex, la hematita, el jade, la obsidiana, la esmeralda y la turquesa. La extraña costumbre de amputarse unas falanges en signo de duelo que es común en Melanesia, Polinesia y en Australia, era practicada en América del Norte por unas tribus del grupo Na-Dene (Tlingit, Haida, Nateotetain Tsattine o Castors) por la del grupo Penutia (Tsimshian), del grupo Algonkin (Grosventres y Arapaho), del grupo Sioux (Crow, Blackfoot, Dakota, Mandan, Hidatsa, Assiniboin), por los kiowa, por los arikara del grupo Kaddo, por los indios de Baja California, y en América del Sur por los carrúa, los minuán y los timbu. También una estrecha similitud entre la trepanación practicada por los polinesios y los melanesios y la trepanación en uso en un gran número de tribus americanas".

"Se ha notado que en algunas tribus de América (costa de Colombia, curso inferior del Atrato, Motilón, Guarauno, Amahuaka, Guayaki) unas habitaciones construídas en los árboles, idénticas a las de Malasia y de la Melanesia".

"El procedimiento de cultivo en terrazas con irrigación que ha alcanzado un tan alto grado de perfección en todo el mundo malayo-poli-

nesiano, existe en América desde Arizona en el Norte hasta los dominios incásicos en el Sur."

"Las conchas desempeñaban en los territorios malayo-polinesios como en América, un doble papel social de suma importancia: servían de ofrenda a la divinidad y de medio de cambio".

"El procedimiento de pintura de las fibras llamado "Ikatten" (procedimiento que consiste en amarrar las madejas de fibras antes de sumergirlas en un baño de color, de manera que sólo las partes no amarradas sean teñidas) en Malasia, es o era empleado en Ecuador, en el antiguo Perú, con los indios matakó y de Calilegua y en Patagonia".

"La costumbre de masticar las frutas o las semillas para la fabricación de bebidas fermentadas así como existe en Malasia, Melanesia y Polinesia, la encontramos en un cierto número de tribus sudamericanas".

"Como medio de enumeración y también para la transmisión de mensajes, era y son todavía utilizados en el archipiélago indio en Micronesia y en Polinesia, unas cuerdecillas con nudos, semejantes a las que utilizaban un gran número de tribus americanas, especialmente los quichua en donde eran conocidos con el nombre de Quipu".

"Es general en Malayo-Polinesia, la ceremonia del "potlach" que existe en América no solamente en las tribus del Noroeste desde el Oregon al Alaska sino también con los hoka y en diversas tribus sudamericanas.

"Entre estos diferentes elementos culturales hay algunos que son comunes en todo el mundo malayo-polinesio; hay otros que pertenecen particularmente, y puede decirse exclusivamente, a una de las tres civilizaciones que componen este mundo malayo-polinesio, esto es: civilización indonesia, civilización polinesiana y civilización melanesiana, cuyas esenciales características son actualmente bien conocidas debido en gran parte a los trabajos de Graebner. Eso parece comprobar que los malayo-polinesios deben haber llegado a América por olas sucesivas, probablemente en unas épocas bastante diferentes, y que todos ellos no provenían de la misma región.

Pero la investigación más importante del doctor P. Rivet y la que podemos considerar como el punto capital de su estudio, es haber comprobado la similitud entre la familia lingüística malayo-polinesiana y las lenguas americanas del grupo lingüístico Hoka.

Este grupo consiste, siguiendo al doctor Rivet, de las siguientes tribus.

a). Los shasta o sastean de Powell, que se extienden desde el río Rogue del Territorio de Oregon hasta los ríos Salmón y New de California y a las fuentes del río Sacramento, y son emparentados a los achomaw y atsugewi (palaihuian de Powell) de la cuenca del río Pit.

b). Los chimariko (grupo extinguido) que vivían desde las márgenes del río Trinity al sur de la embocadura de South Fork hasta el llano de Taylor, California.

c). Los karok o quoratean de Powell que ocupan el mediano curso del Klamath, California.

d). Los yana que viven al centro de la Alta California y hablan tres dialectos.

e). Los pomo o kulanapan de Powell, que viven al norte de San Francisco, California, en el valle de la "Russian River", alrededor del lago Clear y sobre la costa, y hablan ocho dialectos diferentes.

f). Los esselen (grupo extinguido) que antes se hallaban a lo largo de la costa de California, al norte de las montañas de Santa Lucía, cerca de la bahía de Monterrey.

g). Los yuma de Arizona, California y México que han sido divididos en tres grupos:

1. Los yuma del Este que comprenden los havasupai, los walapai, los tontos y los yavapai.

2. Los yuma del centro, que comprenden los mohave, los yuma, propiamente dicho, los marikopa, los diegueño y los kokopa o cucapa.

3. Los yuma de la Baja California que comprenden los kiliwi, los Santo Tomás y los kochimi, estos últimos extinguidos.

h). Los salina (grupo extinguido) que vivían en las dos misiones de San Antonio y San Miguel sobre la costa de California con dos dialectos.

i). Los chumash (grupo extinguido) que habitaban las islas de Santa Bárbara y las costas californianas adyacentes.

j). Los seri, repartidos en Sonora entre los paralelos 28° y 30°, y el Golfo de California, en donde ocupan la isla del Tiburón.

k). Los washo que viven en Nevada y en California cerca del lago Tahoe.

l). Los tekistlatek (tequistlatecos) o chontal de Oaxaca o chontal de Ecatepec, que viven en el Estado de Oaxaca, cerca del Istmo de Tehuantepec.

m). El grupo koahuiltek (coahuilteco, grupo extinguido), en el sentido amplio del término dado por Swanton; grupo que comprende:

1. El koahuiltek, propiamente dicho o paikaiwa, de Gatschet, con cuatro dialectos: el carrizo, el koahuiltek, el kotonan y el comecrudo, todos ellos extinguidos, que se hallaba sobre ambas márgenes del bajo Río Grande, a los que hay que unir el Tamaulipeco, también extinguido, y que fué hablado por varias tribus de Nuevo León y Tamaulipas, Méx.

2. El karankawa, también extinguido y que se hablaba sobre las costas de Texas, y

3. El tonkawa, también extinguido y que se hablaba en el suroeste de Texas.

A estos agrega basándose en el estudio de E. Sapir "The Hokan affinity of the Subtiaba in Nicaragua" (1925), con ciertas reservas la familia subtiaba, grupo que comprende según A. Meillet y Marcel Cohen (*Les Langues du Monde*, Paris, 1924):

1. El tlappanek-yopi (tlapaneco-yopi) del Estado de Guerrero;
2. El subtiaba (maribio de Oviedo, maribu de Berendt y nagrando de Squier), hablado en la región comprendida entre la extremidad septentrional del lago de Managua y el Pacífico, es decir, la mayor parte del Distrito de León, Nicaragua, y
3. El maribichikoa (maribichicoa), grupo extinguido, que se hablaba sobre el río Quatahiguala, del cual W. Lechman identifica el nombre con el de la población de Guatajiagua, de San Salvador.

En resumen estas tribus, nos dice Rivet, se escalonan, con alguna solución de continuidad, a lo largo de la costa del Pacífico, desde el sur del Oregon hasta el Istmo de Tehuantepec, sobre alrededor de 27° de latitud y entre los 43° y 16° paralelos Norte, y puede decirse hasta el 12° paralelo si se admite la unión del subtiaba al hoka.

Ya que hemos llegado a comprobar el origen asiático o pacífico de ciertos rasgos culturales, ¿no nos será posible encontrar en el Continente Americano entre enormísimo número de materiales arqueológicos procedentes de tantas culturas, un mayor acopio de evidencia que nos pudiese demostrar que este elemento cultural (digamos la alta cultura), fué introducida en América, de un Continente transoceánico?

Basándose en analogía, similitudes o identidad en los desarrollos culturales de los diferentes pueblos, mucho se ha escrito, y esto sólo ha servido para complicar el misterio de muchas características culturales americanas.

Por ejemplo, en la región del Istmo Americano, encontramos trabajos de oro y plata cuyas aleaciones nos demuestran una técnica poco común de conocimientos, y vale la pena el mencionar que el método empleado en la manufactura y en algunas de las formas producidas, fuertemente nos sugieren los maravillosos trabajos de metales de las tribus de Nigeria del Viejo Benin, y como una posibilidad sobre esta ocurrencia hicimos ver que los vientos y las corrientes del centro del Atlántico reúnen las condiciones para trasladar personas desde las costas de Africa al Mar Caribeo. Pero todavía más dignas de atención son las similitudes existentes entre los restos culturales y arquitectónicos mayas con los del sureste de Asia; en ambas regiones, nos dice Holmes, las principales estructuras de las ciudades, son pirámides a las que se sube por cuatro empinadas escaleras de piedra, bordeadas con alfardas de serpientes y coronadas por templos en las que se emplea el arco voladizo y tienen santuarios, simbólicos altares esculpidos e inscripciones. Las hociudas máscaras de las esculturas mayas poseen una manera insinuante para sugerir la trompa de los elefantes, y las mandíbulas volteadas hacia arriba de la serpiente mítica de los mayas,

igualmente recuerda el tratamiento de la mandíbula de la cobra en el lejano Este. Las paredes de los templos son embellecidas con una profusión de ornamentos moldeados o esculpidos y son coronadas por techos elaborados en formas de crestas y cúpulas y hasta en forma de pagoda. También se hallan presentes tanto en Yucatán como en Camboya, como soporte de las grandes mesas de piedras, balaustradas y dinteles, figuras esculpidas de enanos atlantes y especialmente llama la atención el hecho que algunas de estas figuras de este lado, representan hombres con barbas. La verdadera significación de todo eso y más, ha sido buscada y rebuscada sin obtenerse ningún resultado. Que algunas analogías aparezcan entre trabajos tan distantes hace que el misterio sea más complicado y parece nulificar completamente el uso de esta clase de evidencias como prueba de contacto entre pueblos o de muy cercanas relaciones culturales."

Pero aun suponiendo que esto hubiese sido una posibilidad, esto induce a creer que estos aventureros emigrantes asiáticos, tenían un acopio de conocimientos, lo que en resumen no está demostrado por el conjunto de las culturas americanas.

Por lo tanto, podemos decir que, hasta que la ciencia no compruebe lo contrario, podemos considerar que los pueblos que poblaron este Continente, eran netamente primitivos, y que, aunque recibieron ciertos rasgos culturales de Asia y Oceanía después que poblaron este Continente, desarrollaron la mayor parte de su civilización, esto es la alta cultura, en el Nuevo Mundo.

En síntesis, así como todavía no es conocido el día en que los indios principiaron a penetrar al Continente Americano, en el que a igual que muchas partes del Antiguo Mundo el estado cultural paleolítico perduró aún siglos y siglos, casi hasta nuestros días, y en contacto inmediato con culturas altamente desarrolladas, el origen de las culturas americanas es un enigma cuya solución quizá nunca podremos conocer. Pero que las culturas de la antigua América recibieron aún repetidas veces inspiraciones y préstamos ajenos es cosa que debe aceptarse, pero los rostros que todas las civilizaciones de la América Central y la Meridional miraban, no era a Europa sino al Occidente, es decir a Oceanía, Asia; pues echando una ojeada a nuestro Continente, vemos que éste, como nos dice Hule, presenta dos lados completamente distintos el uno del otro, al menos era así en sus tiempos antiguos: el lado este abierto hacia el Océano Atlántico ofreció una faz para el desarrollo de civilizaciones relativamente estéril; el otro por el Norte, en correspondencia con el Continente Asiático vecino, estaba expuesto en todos los períodos a influencias ejercidas desde Asia sobre la costa Pacífica Americana.